

FACETAS DEL BRONCE FINAL “REGIONAL” EN EL ALTO EBRO Y LA ZONA ORIENTAL DE LA SUBMESETA NORTE: MANIFESTACIONES ARQUEOLÓGICAS Y OBJETOS SOCIALES DE LA SOLANA (MODÚBAR DE LA EMPAREDADA, BURGOS)

*Aspects from the “regional” Final Bronze Age sited
in the highland of the Ebro river and eastern area of the
North Spanish Plateau: arqueological findings and community
objects in La Solana (Modúbar de la Emparedada, Burgos)*

Miguel Ángel ARNÁIZ ALONSO y Juan MONTERO GUTIÉRREZ

Área de Arqueología. Dpto. CC. Históricas y Geografía. Universidad de Burgos. C/ Villadiego, s/n. 09001 Burgos

Fecha de aceptación de la versión definitiva: 10-10-03

BIBLID [0514-7336 (2004) 57; 221-248]

RESUMEN: Partiendo de unas evidencias arqueológicas procedentes del yacimiento burgalés de La Solana de origen superficial, se efectúa una valoración de las entidades culturales pertenecientes al Bronce Final regional, en particular, del Valle Alto del Ebro y de la parte oriental de la Submeseta Norte. Dentro de este ámbito se examina la trama temporal de las entidades citadas a la luz de las nuevas aportaciones efectuadas por las dataciones calibradas; y se discute un planteamiento para explicar los elementos cerámicos y metálicos de raigambre continental y meridionales, en el marco de una trama social.

Palabras clave: Alto Ebro. Submeseta Norte. Bronce Final. Sistemas regionales. Paisaje social.

ABSTRACT: Starting off with some archaeological findings on the surface of the site called “La Solana” in Burgos, an assessment can be carried out on the cultural entities belonging to the regional Final Bronze Age, in particular, of the highland valley of the Ebro river and the Eastern part of the North Plateau. Within this field, in the light of new data which had been contributed, the date of the objects is analysed. Moreover, the reason for the existence of the ceramic and metal utensils of continental and southern origins, in this area, as well as to how it came to be there, is discussed.

Key words: Highland of the Ebro River. North Spanish Plateau. Final Bronze Age. Regional systems. Social scenery.

1. Presentación

En estas páginas se da a conocer un yacimiento recientemente descubierto en el término municipal burgalés de Modúbar de la Emparedada, enclavado dentro de un pago que recibe el nombre de La Solana. Durante el mes de marzo

del año 2002, se efectuó un programa de prospección superficial de carácter intensivo en el valle donde se sitúa el yacimiento, patrocinado por la Dirección General de Patrimonio y Promoción Cultural de la Junta de Castilla y León. Los resultados obtenidos mediante este procedimiento de acceso a la información, y de modo

especial las evidencias artefactuales recuperadas, constituyen la base empírica principal a la que se atiende preferentemente a lo largo de estas páginas.

Sin duda, el estudio planteado a partir de esta naturaleza y procedencia de los datos supone un actualismo, que se admite por la novedad que representan estos materiales en el ámbito territorial que define la parte oriental de la Submeseta Norte. Esta orientación se justifica, también, por la necesidad de desarrollar, como consecuencia de estos nuevos testimonios, una serie de hipótesis que sirvan para establecer la posición cultural y temporal genérica, de estas manifestaciones dentro del Bronce Final regional, como paso previo a cualquier otra actividad arqueológica de alcance. De manera que, ante la entidad y singularidad de este conjunto artefactual, se impone, de manera previa, la apertura de una discusión que tome como referencia las ideas y presupuestos mantenidos sobre esta etapa en el espacio comprendido en la zona oriental de la Meseta y el tramo alto del valle del Ebro.

1.1. Emplazamiento

El yacimiento de La Solana se ubica en un paisaje característico de las llanuras de la cuenca del Duero. Esta unidad morfoestructural aparece articulada, a menor escala, por un espacio territorial cuya homogeneidad de relieve, suelo y clima define un ámbito natural denominado: Páramos del Arlanzón. En detalle, el yacimiento se encuentra en un pequeño valle, abierto por su parte norte a otro más ancho –Cardeñadizo–, que con disposición perpendicular al anterior constituye el eje jerárquico de la zona. El primero de éstos presenta rasgos representativos de los que se conocen con el término “valles en cuna”; es decir, de corto desarrollo, con dirección transversal al principal y cuyo fondo asciende suavemente hasta confundirse con el nivel estructural de las plataformas culminantes.

Junto a estos aspectos se observan otras formas constituidas por altiplanicies calcáreas, que a modo de cierre del valle, incorporan cotas situadas entre los 920 y 1.000 m; relieves residuales aislados, con alturas similares a las plataformas;

un conjunto amplio de hombreras, consecuencia del modelado reciente, que con sus diferentes topografías (siempre a niveles más bajos que las plataformas) contribuyen a destacar el carácter accidentado dominante. Por último, una red fluvial de escasa entidad, compuesta por arroyos y cursos intermitentes, encajados en los materiales arcillosos del sustrato.

Dentro de este marco el emplazamiento de La Solana llama la atención por su peculiaridad. En efecto, se desprecian lugares favorecidos por su altitud, pendiente o bien por su aislamiento, como sucede con las plataformas calcáreas y relieves residuales los cuales ofrecen condiciones favorables para una fácil defensa, a la vez que una amplia visibilidad. En cambio, el punto escogido es anodino y sin cualidades específicas. Corresponde a una de las numerosas hombreras y, en particular, se ha preferido una de las que presentan menor altitud.

La elección, por tanto, no tiene una vocación estratégica, como subraya, también, su posición que únicamente domina un tramo pequeño del fondo del valle (igualmente factible desde otros puntos), con un alcance visual reducido a la zona inmediata. Tampoco tiene por objeto el control de los accesos o la comunicación con otros valles aledaños o el aprovechamiento de un potencial concreto del suelo con fines agrícolas, el cual no ofrece diferencias reseñables respecto al existente en otras partes del mismo valle.

1.2. Procedencia de la información

Los elementos artefactuales que forman la base empírica principal del presente estudio son consecuencia de un plan de prospección superficial desarrollado en diferentes zonas del pequeño valle donde se emplaza el yacimiento de La Solana. Las partes exploradas se fijaron en relación a las formas anteriormente citadas: plataformas calcáreas, hombreras y fondo de valle. No obstante, como se ha indicado, la elección de la situación del yacimiento ha seguido una preferencia específica, cuya materialización en una forma topográfica irrelevante no ha supuesto la evidencia a partir de la cual se ha llegado a su identificación. Ésta sólo ha sido posible merced a la percepción

de abundantes fragmentos de cerámica y, en menor medida, de objetos metálicos, líticos, pedazos de adobes, etc., cuya dispersión y densidad han supuesto, por otra parte, los criterios para establecer su delimitación.

Estas manifestaciones superficiales que han facilitado el reconocimiento del yacimiento son, también, un claro exponente de la descontextualización de la entidad arqueológica y de las distorsiones sufridas por el sitio. Entre las más importantes hay que mencionar la exhumación provocada por las labores agrícolas y en relación con ellas, el desplazamiento de algunos materiales favorecido por la suave pendiente que incorporan los flancos de la hombrera. Así pues, se puede considerar que el yacimiento presenta un estado de conservación semiprimario; o lo que es lo mismo, mantiene su posición original, aunque una parte de su contexto se encuentra alterado.

Como se ha señalado, el análisis efectuado a lo largo de estas páginas tiene un carácter introductorio, destinado, preferentemente, a evaluar las propuestas planteadas con anterioridad respecto a los materiales afines a los recuperados en La Solana, con el fin de crear nuevas hipótesis y vías explicativas. Por estas razones sólo se atiende a los elementos artefactuales cerámicos y metálicos.

2. El material cerámico

2.1. Análisis ceramológico

La prospección arqueológica ha proporcionado un volumen de material cerámico bastante considerable. Sin embargo, la excesiva fragmentación así como el deterioro y erosión a que ha sido sometido la mayor parte del mismo, ha provocado que el estudio ceramológico sólo se pudiera efectuar sobre aquellas piezas que mostraban suficientes atributos para su análisis. El número de piezas que han sido objeto de dicho análisis asciende a un total de 117 fragmentos pertenecientes a 109 vasijas.

Todas las piezas que conforman este conjunto están hechas a mano. En líneas generales, presentan una alta calidad y homogeneidad tecnológica: pastas compactas, cohesionadas y pulidas, y con

acabados brillantes. Los escasos desgrasantes que se detectan son, principalmente, caliza, cuarcita y mica, con tamaños, mayoritariamente, medio-finos. Por otro lado, hay que hacer referencia a la escasa variedad morfológica, pues tan sólo se han podido identificar cuatro formas¹:

- a) Pequeñas urnas de paredes finas y perfil bitroncocónico con carena alta, cuello corto y borde exvasado, el fondo es convexo. El diámetro de la boca oscila entre los 5 y los 16,3 cm (Fig. 1, n.º 1-4; Fig. 2, n.º 1-8).
- b) Tapaderas o escudillas de perfil troncocónico, con paredes que adoptan una ligera curvatura convexa, borde abierto y labio oblicuo. El diámetro de la boca varía desde las vasijas más pequeñas que tienen entre 7,5 y 16,6 cm y las más grandes que tienen entre 20,4 y 44 cm (Fig. 1, n.º 8).
- c) Platos abiertos, con borde vuelto, ancho y horizontal. El único perfil completo presenta un diámetro de 29 cm (Fig. 1, n.º 9).
- d) Cuencos de paredes finas con carena "resaltada" y borde abierto; el fondo de la vasija se apoya en pequeños pies de umbo. Tan sólo se han documentado dos bordes que presentan unos diámetros de 10,1 y 10,8 cm (Fig. 1, n.º 5-7)².

La coloración es en la mayoría de las vasijas de tonos oscuros, entremezclándose las tonalidades grisáceas y negruzcas, principalmente, y marrones, en menor medida. En cualquier caso, esta falta de uniformidad es simple producto de la cocción en ambientes reductores. Por lo demás, otra característica común a las cuatro formas es el intenso acabado bruñido que, frecuentemente, aparece complementado con recubrimientos de almagre rojizo, bien en una o en ambas caras de las vasijas.

¹ Entre el resto del material cerámico se ha podido identificar, también, un gran número de recipientes de gran tamaño o almacenaje, con decoraciones impresas, digitaciones y unguilaciones, así como plásticas: mamelones.

² La primera forma es la más representada, 70 vasijas, lo que supone el 64,22% del total del conjunto. Las tapaderas/escudillas que les siguen en orden de frecuencia, cuentan con 20 (18,35%). Mientras que los cuencos de carena resaltada se reducen a tan sólo 17 piezas (15,60%) y los platos a dos únicos ejemplares (1,83%).

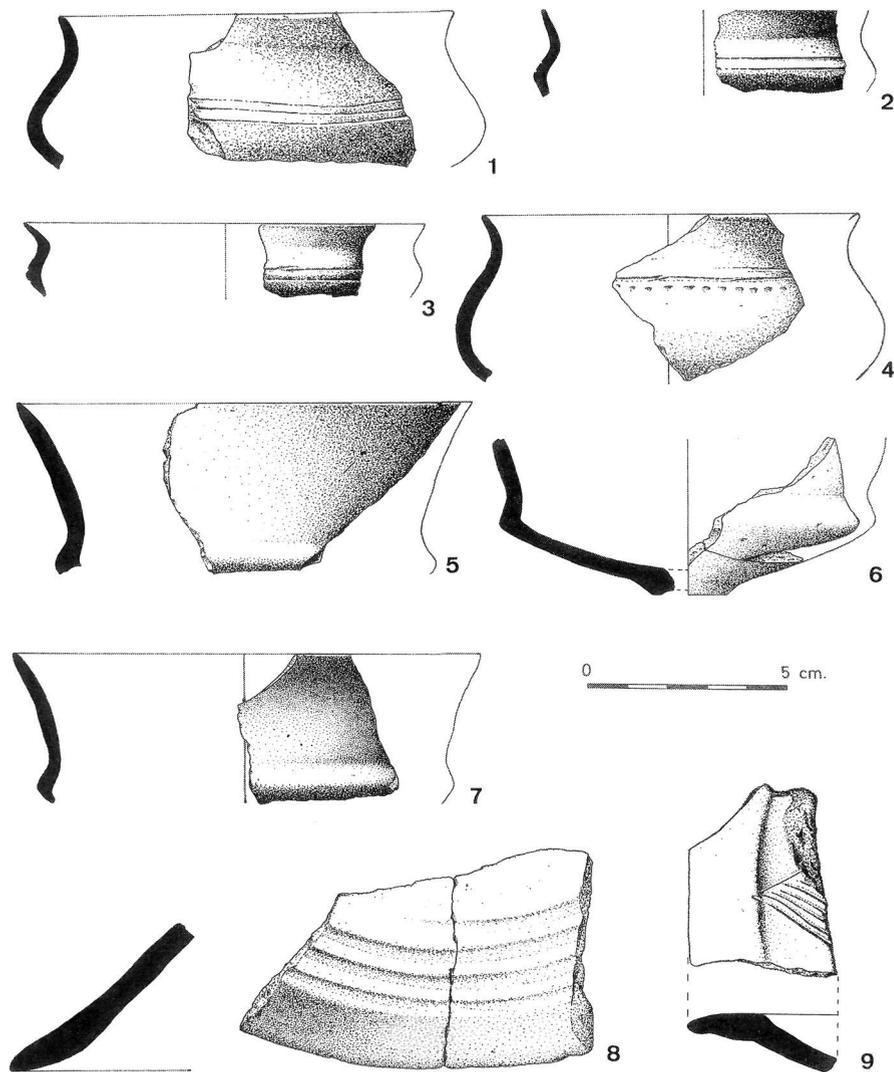


FIG. 1. La Solana: materiales cerámicos.

Por lo que respecta a las decoraciones, éstas se limitan a tan sólo 35 vasijas (25 pequeñas urnas de carena alta, nueve tapaderas y un plato). Se constata un predominio, casi absoluto, de la técnica incisa, 33, nueve de las cuales son acanaladuras, en detrimento de la excisión, dos. Entre las propias vasijas decoradas con incisión –todas ellas pequeñas urnas de carena alta, a excepción de un plato– se pueden establecer, pese al exiguo número de ellas, cuatro tipos de motivos:

a) Líneas horizontales. Suelen formar grupos de hasta tres líneas, localizadas, siempre, en el

hombro de la vasija (Fig. 1, n.º 1-3). Como se verá en líneas posteriores esta decoración y su disposición son, probablemente, una evolución o derivación local de las acanaladuras que adoptaban la misma composición y la misma ubicación dentro de la misma forma cerámica.

b) Hilera de pequeñas líneas oblicuas. Localizadas, siempre, sobre la misma carena (Fig. 2, n.º 1). No aparece asociado a ninguna otra técnica ni motivo decorativo, excepto en una pieza (Fig. 2, n.º 2) que lo hace con tres líneas horizontales. La primera composición se documenta en El Castillar (Mendavia, Navarra) en los Niveles I (Castiella, 1985: fig. 8, n.º 19 y 38) y II (fig. 17, n.º 3), en el Nivel III de Partelapeña (El Redal, La Rioja) (Blasco, 1974: fig. 4, b-i) y en La Muela (Garay, Soria) (Fernández Moreno, 1997: fig. 25, n.º 147), mientras que la segunda lo hace en los Niveles IIIc de Castillo de Henayo (Alegría, Álava) (Llanos *et al.*, 1975: fig. 27, n.º 49 y 53) y IIIb (fig. 23, n.º 46 y 53), además de en La Muela (Fernández Moreno, 1997: fig. 25, n.º 137).

c) Hilera de "puntos" o de pequeños e irregulares trazos horizontales. Se localiza sobre el hombro de la vasija. En el fragmento que aquí se presenta (Fig. 1, n.º 4), aparece asociado a una línea horizontal, igualmente incisa. No obstante, tanto esta composición como en la que la hilera de puntos aparece sola son muy frecuentes en yacimientos del Valle Alto del Ebro. Así, la doble composición se encuentra en el Nivel IIIc de Castillo de Henayo (Llanos

et al., 1975: fig. 27, n.º 39) y el Nivel III de El Castillar (Castiella, 1985: fig. 3, n.º 8); constituyendo los puntos un único elemento decorativo aparecen igualmente en El Castillar en los Niveles II (Castiella, 1985: fig. 17, n.º 14) y III (fig. 3, n.º 2 y fig. 10, n.º 8) y en el Nivel III de Partelapeña (Blasco, 1974: fig. 5, a, b, e, f). Fuera de este ámbito se encuentra única y exclusivamente, hasta el momento, en el área de Molina de Aragón, y en concreto, en La Era de Locón II (Balbacil, Guadalajara) (Arenas, 1999a: figs. 79 y 80).

d) Motivos geométricos. Por un lado, triángulos invertidos rellenos de trazos oblicuos (Fig. 2, n.º 7 y 8). En principio, destaca que este tipo de motivo se realice con técnica incisa cuando son mucho más corrientes los casos en que lo hace con excisión. Están presentes en el Nivel IIIc de Castillo de Henayo (Llanos *et al.*, 1975: fig. 27, n.º 40), en el Nivel I de El Castillar (Castiella, 1985: fig. 17, n.º 30) y en La Muela (Fernández Moreno, 1997: fig. 25, n.º 138) este último encontrado en superficie. Es interesante destacar la Fig. 1, n.º 9 pues se trata de una vasija con diferente morfología que las anteriores: un plato de borde vuelto. La decoración, los mismos tipos de triángulos invertidos rellenos de trazos oblicuos, se ubica en la cara interna y en la zona inmediatamente inferior al borde vuelto de este característico recipiente. Los paralelos más claros se documentan en La Coronilla (Lardero, La Rioja) (Álvarez y Pérez, 1987: fig. 42, n.º 3 y 4); con otros motivos decorativos aparecen también en San Formerio (Pangua, Burgos) (Álvarez y Pérez, 1987: fig. 37). Otros motivos geométricos que se documentan son las líneas en zigzag (Fig. 2, n.º 5), presentes en el Nivel IIIc de Castillo de Henayo (Llanos *et al.*, 1975: fig. 27, n.º 73), Nivel III de Partelapeña (Rincón, 1972: fig. 3, n.º 15-20; Blasco, 1974: fig. 1, c, e, g; fig. 2, b, e, f; Álvarez y Pérez, 1987: fig. 13; fig. 20, n.º 2-5; fig. 22, n.º 1-3, 5, 7; fig. 25, n.º 1), La Muela (Fernández Moreno, 1997: fig. 25, n.º 136), Castilviejo (Yuba, Soria) (Ortego, 1964: fig. 3), Pico Buitre (Espinosa de Henares, Guadalajara) (Valiente, 1984: fig. 11, n.º 62 y 66; Valiente *et al.*, 1986: fig. 2, n.º 2) y La Merced

(Guadalajara) (Valiente *et al.*, 1986: fig. 6, n.º 5) y el reticulado (Fig. 2, n.º 6), con paralelos en el Nivel IV de Partelapeña (Álvarez y Pérez, 1987: fig. 30, n.º 1) y en San Miguel (Barbarín, Navarra) (Álvarez y Pérez, 1987: fig. 40, n.º 2-3).

Por el contrario y como se apuntaba con anterioridad, en las pequeñas urnas de carena alta los triángulos excisos aparecen con mayor frecuencia, y formando temas más complejos —asociados a otros motivos geométricos y a otras técnicas decorativas como la incisión— como ocurre en la Fig. 2, n.º 4 cuyos paralelos se documentan en el Nivel IIIc de Castillo de Henayo (Llanos *et al.*, 1975: fig. 27, n.º 71, 72, 76, 78), Nivel III de Partelapeña (Rincón, 1972: fig. 2, n.º 9, 10; fig. 3, n.º 14; Blasco, 1974: fig. 2, c, d; Álvarez y Pérez, 1987: fig. 15, n.º 1-7; fig. 17, n.º 6; fig. 20, n.º 1; fig. 22, n.º 1; fig. 23, n.º 3; fig. 25, n.º 2), Castilviejo (Ortego, 1964: fig. 4), El Castillejo (Fuensaúco, Soria) (Bachiller, 1995: fig. 1, n.º 1) y en La Muela (Fernández Moreno, 1997: fig. 25, n.º 136, 139 y 142). La otra pieza que se ha documentado con excisión (Fig. 2, n.º 3), presenta un friso ajedrezado exciso colmatado en su parte inferior por tres líneas horizontales incisas. En todo caso, no deja de ser ésta una composición común dentro del ámbito geográfico y cultural del Alto Ebro: Nivel IIIc de Castillo de Henayo (Llanos *et al.*, 1975: fig. 27, n.º 67), Niveles III (Rincón, 1972: fig. 3, n.º 23; Álvarez y Pérez, 1987: fig. 11; fig. 19, n.º 2 y 4) y IV de Partelapeña (Álvarez y Pérez, 1987: fig. 30, n.º 2).

Por lo que respecta a las vasijas decoradas con acanaladuras, habría que apuntar que son horizontales y poco profundas; pero el interés de este motivo estriba en que aparece asociado, exclusivamente, a una determinada forma: las tapaderas/escudillas, y siempre en la cara interna (Fig. 1, n.º 8). Se trata ésta de una forma bastante corriente dentro del grupo de CC. UU. Renano-Suizo-Francés (RSFO), Bronce Final II A; o lo que es lo mismo, Ha A1-A2 (Rychner, 1979; Brun, 1988). No obstante, también se ha documentado en áreas más próximas como el Ampurdán y el Vallés en el NE peninsular y en las regiones meridionales francesas del Languedoc, Aquitania y Pirineos. Su

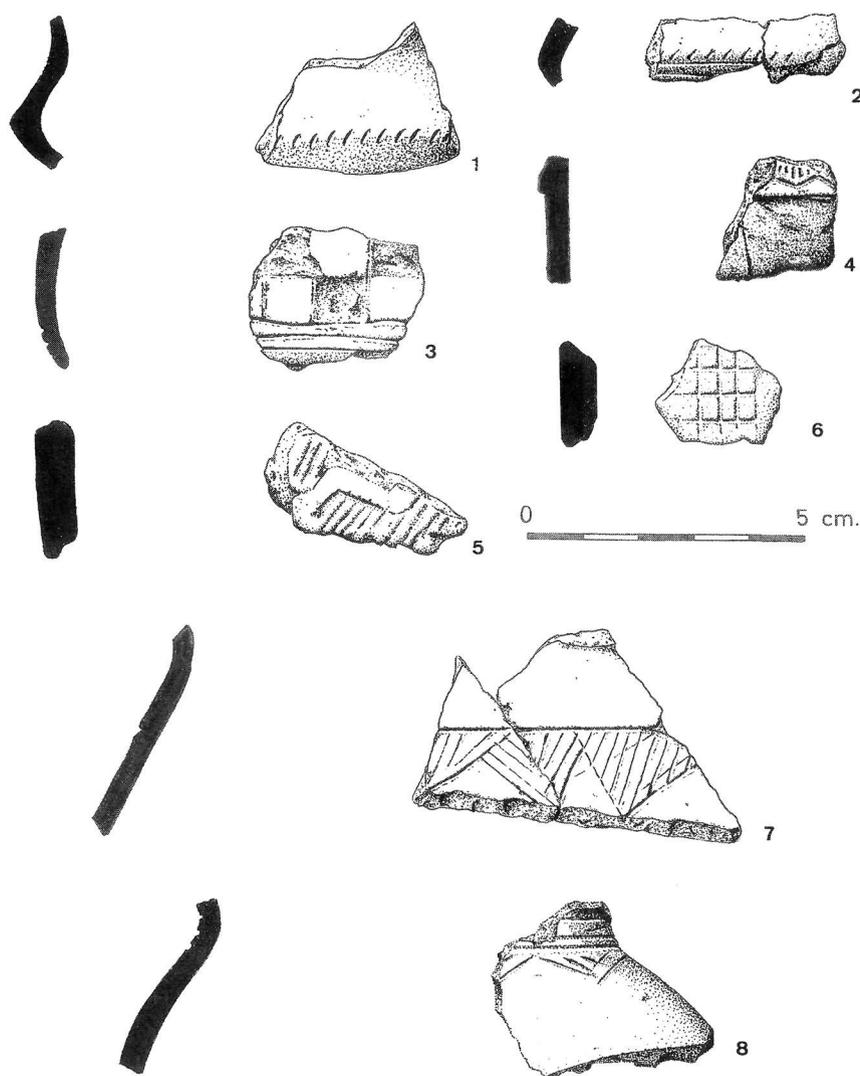


FIG. 2. La Solana: materiales cerámicos.

presencia en diferentes contextos o ambientes ocupacionales, ya sean lugares de hábitat o bien necrópolis, parecen evidenciar una doble función para lo que parece ser una misma forma cerámica. De hecho, en las necrópolis aparecen desempeñando el papel inequívoco de tapaderas, mientras que en los lugares de hábitat lo hacen, en la mayoría de los casos, como recipientes, es decir, como escudillas (Montón, 1985; Petit, 1992-1993). Cronológicamente inician su aparición en la Península Ibérica en el Bronce Final II con los CC. UU. Antiguos

Catalanes (1350-1050 cal. ANE)³. No obstante, pervive o se reproduce el mismo modelo, manteniéndose igualmente, y en gran parte de ellos, las acanaladuras internas, en la fase posterior, Bronce Final III-CC. UU. Recientes (1100-800 cal. ANE)⁴.

En cambio, no resulta fácil interpretar la presencia de esta misma forma cerámica en el Alto Ebro. Para empezar, no hay evidencia de contexto funerario alguno en este período (Arenas, 1999b; Royo, 2000) por lo que el registro arqueológico se reduce a lugares de hábitat. En segundo lugar, tampoco se ha documentado ninguna tapadera/escudilla con decoración acanalada. La presencia, pues, de esta forma cerámica en este ámbito responde a otros parámetros decorativos, que no morfológicos. Así, en el Nivel III de Partelapeña lo hace con motivos excisos (Álvarez y Pérez, 1987: figs. 5 y 8). Sin embargo, el "formato" más común es sin decoración, lisas: Nivel PIIIb del Alto de la Cruz (Cortes de Navarra, Navarra)

³ Nivel I de La Fonollera (Torroella de Montgrí, Girona) (Ruiz Zapatero, 1985: fig. 14, n.º 15), Nivel II de Les Monges (Girona) (Ruiz Zapatero, 1985: fig. 17, n.º 6 A), y Nivel I de la necrópolis de Can Missert (Tarrasa, Barcelona) (Ruiz Zapatero, 1985: fig. 56, n.º 3).

⁴ Como evidencian los yacimientos del Grupo Mailhac I: Nivel II de la necrópolis de Can Bech de Baix (Agullana, Girona) (Ruiz Zapatero, 1985: figs. 22, 23 y 24), Roc de Conilhac (Gruissan, Aude, Languedoc) (Roudil y Guilaine, 1976: fig. 5, n.º 5), necrópolis de Millas (Pirineos Orientales) (Mohen, 1976a: fig. 1, n.º 1 y 3), necrópolis de Ibos (Alto Pirineo) (Mohen,

(Maluquer, 1985: figs. 4-6; Maluquer *et al.*, 1990: n.º 9, 26-30 y 32) y PIIa del mismo yacimiento (Maluquer *et al.*, 1990: n.º 6, 7, 10, 21-25) además de en superficie (Maluquer *et al.*, 1990: n.º 8, 14-17), Nivel III de El Castillar (Castiella, 1985: fig. 3, n.º 12; fig. 25, n.º 1-3, 5; fig. 32, n.º 1-6, 8, 10-14), Nivel III de Partelapeña (Castiella, 1977: fig. 113, n.º 1-3; fig. 114, n.º 1-5) y Nivel IIIc de Castillo de Henayo (Llanos *et al.*, 1975: fig. 26, n.º 2).

Pero la ausencia de decoración acanalada en esa forma cerámica no ha excluido su presencia en otras, mayoritariamente las pequeñas urnas de carena alta: Nivel III de Partelapeña (Blasco, 1974: fig. 3, a-e; fig. 4, a; Fernández Moreno, 1986: fig. 1, n.º 1-3), Nivel IIIb del Alto de la Cruz (Maluquer, 1985: fig. 8; Maluquer *et al.*, 1990: n.º 51, 58-60, 63, 69, 75, 77, 85, 92 y 99) y PIIa (Maluquer *et al.*, 1990: n.º 84), Nivel IIIc de Castillo de Henayo (Llanos *et al.*, 1975: fig. 27, n.º 29 y 33) y Nivel III de La Hoya (Laguardia, Álava) (Llanos, 1988: 69), las cuales remiten, a su vez, a diferentes contextos de los CC. UU. europeos como el Grupo RSFO (Rychner, 1979; Brun, 1988) y a los CC. UU. Antiguos Catalanes (Grupo del Segre-Cinca), y en particular, a la morfología de las denominadas "tazas con asas de apéndices de botón" (Montón, 1985; Castro *et al.*, 1996; Maya *et al.*, 1998).

En resumen, las pequeñas urnas de carena alta, las tapaderas/escudillas y los platos de borde vuelto con sus respectivos repertorios decorativos nos remiten a un contexto arqueológico muy concreto: el Bronce Final del Alto Ebro, donde su presencia, amplia y plenamente documentada, nos llevan a considerarlas formas comunes dentro de la cultura material de estas comunidades.

1976a: fig. 1, n.º 4; Escudé-Quillet, 2000: fig. 4, n.º 3), necrópolis de Ossun (Alto Pirineo) (Mohen, 1976a: fig. 1, n.º 5; fig. 2, n.º 4; Escudé-Quillet, 2000: fig. 4, n.º 1 y 2; fig. 7, n.º 1-7), necrópolis de Saint-Pé Bixustia (Alto Pirineo) (Escudé-Quillet, 2000: fig. 7, n.º 8), necrópolis de Fauillet (Lot-et-Garonne, Aquitania) (Mohen, 1976b: fig. 1, n.º 1 y 2; fig. 2, n.º 1) y necrópolis de Truc du Bouriou a Mios (Gironde, Aquitania) (Mohen, 1976b: fig. 1, n.º 6; fig. 2, n.º 3); y del Grupo del Período II de Vilaseca: niveles II-IV de la necrópolis de Can Misert (Ruiz Zapatero, 1985: fig. 57, n.º 1 y 5; fig. 58, n.º 4; fig. 59, n.º 1, 2 y 5).

En cambio, los cuencos de carena resaltada no son vinculables a este ámbito del valle del Ebro (Fig. 1, n.º 5-7). Los paralelos más claros se encuentran, precisamente, en la propia Submeseta Norte, y, en particular, en la Cuenca Media del Duero. En este sentido, está documentada su presencia en los niveles del Soto Inicial o Formativo de yacimientos que cuentan con secuencias estratigráficas como Los Cuestos de la Estación (Benavente, Zamora) (Celis, 1993: fig. 12, n.º 5), La Calzadilla (Almenara de Adaja, Valladolid) (Romero, 1980: fig. 1, n.º 10-14; Balado, 1989: fig. 4, n.º 27 y 39; fig. 5, n.º 119, 120, 125, 126, 177 y 186; fig. 6, n.º 208, 213, 258, 264, 269, 276 y 278; fig. 8, n.º 77; fig. 15, n.º 232; fig. 18, n.º 294) y El Soto de Medinilla (Valladolid) (Delibes *et al.*, 1995: fig. 3, n.º 5 y 6). Las fechas radiocarbónicas obtenidas precisamente en este último yacimiento permiten situar los cuencos de carena resaltada en la Cuenca Media del Duero hacia mediados del s. IX ANE –Nivel 11, 845 ANE y 815 ANE– (Delibes *et al.*, 1995).

Completa este panorama una larga lista de yacimientos que se aportan desde diversos Inventarios Arqueológicos de provincias castellano-leonesas como Valladolid (Quintana y Cruz, 1996: fig. 2) y Ávila (Fabián, 1999: fig. 5, n.º 13 y 16; fig. 7, n.º 11; fig. 9, n.º 5) y también desde determinadas excavaciones de urgencias llevadas a cabo en esta última provincia, Cerro de la Cabeza (Ávila) (Fabián, 1999: fig. 3, n.º 17) y Las Zorreras (Muñana) (Fabián, 1999: fig. 4, n.º 10-13) y en la de Burgos, La Vega (San Martín de Ubierna, Burgos) (Ruiz Vélez *et al.*, 2001: fig. 7, n.º 6; fig. 8, n.º 6) y que apuntan también hacia el mismo horizonte crono-cultural.

Por otro lado, y en fechas similares se encuentra este mismo tipo de vasija en yacimientos del área de Molina de Aragón como Fuente Estaca (Embid, Guadalajara) (Martínez y Arenas, 1988: fig. 3, n.º 16) y La Era de Locón II (Arenas, 1999a: fig. 79), lo que evidencia su uso en otros contextos que también son vinculables al Bronce Final del valle del Ebro⁵. Del mismo

⁵ Las cronologías que en un primer momento se proponían para los dos horizontes, "Fuente Estaca" y "Locón", con influjos del valle del Ebro que se desarrollan en este ámbito iban desde finales del s. X cal. ANE

modo, no hay que olvidar, como se ha visto anteriormente, los cada vez más numerosos hallazgos de cerámica de clara raigambre también del Valle del Ebro en el Alto Duero y junto a los cuales ha aparecido también un cuenco de carena resaltada, en concreto en La Muela (Fernández Moreno, 1997: fig. 26, n.º 149).

Con todo, una de las cuestiones que plantea mayor discusión en relación con esta forma cerámica es la de su origen y filiación fuera de la Submeseta Norte. Tal y como se recoge ya en numerosos trabajos (Romero, 1980; Balado, 1989; Quintana y Cruz, 1996; Romero y Ramírez, 1996), se ha venido proponiendo una vinculación al Bronce Final meridional. Sin embargo, cabe resaltar que entre los paralelos que apuntan los citados investigadores se dan ciertos matices que permiten distinguir pequeñas variantes cerámicas. En concreto, la diferenciación más palpable se observa en la posición, media o baja, de la carena y en la forma que se adopta para resolver ésta, con mayor o menor volumen (resalte), lo que repercute, por otro lado, en el posterior desarrollo de paredes y borde. En cualquier caso, y dado que su distribución cubre gran parte del marco peninsular, se puede pensar —a expensas de un análisis más pormenorizado— en posibles variantes regionales. Resulta interesante a este respecto el hecho de que los paralelos más claros se documenten, aparte de en la propia Submeseta Norte, en el reborde meridional de la misma, donde incluso se pueden retraer hasta los ss. XIII-XI cal. ANE —1257 cal. ANE y 1090 cal. ANE— (Castro *et al.*, 1996) si se atiende a los yacimientos de la interesante facies Pico Buitre: Pico Buitre (Valiente, 1984: fig. 10, n.º 54 y 56; Valiente *et al.*, 1986: fig. 2, n.º 5; Crespo, 1992: fig. 1, n.º 3 y 4; fig. 2, n.º 5), La Merced (Valiente *et al.*, 1986: fig. 5, n.º 4), Peñalcuervo (Cerezo de Mohernando, Guadalajara) (Valiente *et al.*, 1986:

fig. 4, n.º 7 y 9) y La Dehesa (Alovera, Guadalajara) (Valiente *et al.*, 1986: fig. 7, n.º 7).

En definitiva, todos los datos parecen apuntar al mediodía peninsular, y en particular, al valle del Henares, como el marco de procedencia de los cuencos de carena resaltada del sector oriental de la Submeseta Norte. No obstante y pese a la falta de datos que, por el momento, puedan corroborar esta hipótesis, lo que sí que está claro es que la distribución de este tipo de vasija en el resto de la Submeseta Norte, y en particular, por el centro de la misma, se produce con posterioridad, en el tránsito del Bronce Final al Hierro I.

2.2. Cronología y seriación tipológica de la cerámica

Dejando al margen la procedencia de los cuencos de carena resaltada lo que cabe destacar es el fuerte influjo que representa el Bronce Final del Valle Alto del Ebro en el yacimiento de La Solana y que se puede ver perfectamente constatado en el repertorio cerámico. Por el contrario, nada tienen que ver, pese a su mayor proximidad, con los modelos más habituales del Bronce Final de la Cuenca Media del Duero.

En este sentido, y a pesar de la parcialidad de datos existentes, se puede indicar, en primer lugar, la presencia de formas cerámicas y motivos y técnicas decorativas análogas en yacimientos como Partelapeña (Fase III, 809 cal. ANE), La Hoya (Fase III, 1092 cal. ANE y Fase II, 769 cal. ANE)⁶, Castillo de Henayo (Fase IIIc, 1150 arq. ANE; Fase IIIb, 1134 cal. ANE y Fase IIIa, 1123 cal. ANE) (Castro *et al.*, 1996) y Alto de la Cruz (Fase PIIIa, 933-830 ANE y Fase PIIIb, 865-760 ANE) (García López, 1994). Estas dataciones sugieren, por tanto, una cronología de inicio de mediados del s. XII cal. ANE.

En segundo lugar, algunas de estas piezas aparecen, a su vez y como se ha visto, en los contextos arqueológicos del Bronce Final II de los CC.

⁶ De las Fases III y II de La Hoya (Laguardia, Álava) apenas hay publicado algo del material cerámico; lo más que hay es una pequeña síntesis con los rasgos generales de dicha cerámica (Llanos, 1988 y 1992).

—Fuente Estaca (Embid, Guadalajara), ca. 904 cal. ANE (Castro *et al.*, 1996)— hasta mediados del s. VIII arq. ANE, y desde esta fecha hasta inicios del s. VII arq. ANE, respectivamente (Arenas, 1999a). Sin embargo, la ausencia de cerámica excisa en el primer horizonte y, por el contrario, su abundante presencia en el segundo, ha hecho replantear la más que posible aproximación temporal del horizonte de Locón al de Fuente Estaca (Arenas, 1999b).

UU. Antiguos Catalanes (1350-1050 cal. ANE). De este modo tanto las dataciones como parte del repertorio cerámico del Bronce Final del Alto Ebro resulta coetáneo al Bronce Final II-CC. UU. Antiguos Catalanes (Castro *et al.*, 1996). Aceptando, pues, esta sincronía y si se mantiene la tesis tradicional de contactos con el Bajo Aragón y el Segre, entonces, habría que plantearse cuáles son las manifestaciones arqueológicas que son fruto de esas relaciones, las cuales deberían resultar a su vez coetáneas a los propios CC. UU. Recientes Catalanes (Período II de Vilaseca) y del Bajo Aragón (Palermo II).

Sin embargo, por el momento, no hay evidencias sobre la utilización de cerámicas de este horizonte cultural en este ámbito del valle del Ebro en fechas similares a las que se conocen para el NE peninsular (1100-800 cal. ANE). Entre otras cuestiones porque esta supuesta difusión desde el Bajo Aragón no se puede sustentar a tenor, por un lado, de la escasez manifiesta, por no decir ausencia, de elementos vinculados a los CC. UU. Antiguos (y ¿Recientes?) en el Valle Medio del Ebro (Álvarez, 1990; Royo, 1990); y por otro lado, porque las fechas con que cuentan los niveles más antiguos de los yacimientos de esta área no van, en ningún caso, más allá del 800 cal. ANE: Barranco de la Peña (Urrea de Jalón, Zaragoza), 519 cal. ANE; Cabezo de Ballesteros (Epila, Zaragoza), 786 cal. ANE; Corral de Molá (Uncastillo, Zaragoza), 520 cal. ANE; C/ Gavín-Sepulcro (Zaragoza), 792 cal. ANE... (Castro *et al.*, 1996).

Queda patente, por tanto, el vacío temporal/espacial que se produce en el Valle Medio del Ebro por lo que se refiere a los CC. UU. entre el 1100 y el 800 cal. ANE y que no hace sino desligar cualquier tipo de conexión, penetración o influjo desde el Bajo Aragón hacia el Alto Ebro, al menos en estas fechas. Además y como se ha visto anteriormente, los niveles de los yacimientos del Alto Ebro que contienen el tipo de piezas aquí analizadas, sugieren una perduración de las mismas, al menos, hasta finales del s. IX-principios del VIII cal. ANE.

Ahora bien, ¿cuál sería, entonces, el punto de origen de esos elementos de CC. UU. que se manifiestan en el Alto Ebro? Todo hace pensar, pese a la escasez de datos disponibles, en una introducción a través de los Pirineos Occidentales. En

efecto, parece posible rastrear dicha conexión, si nos atenemos a una serie de yacimientos vinculados a los CC. UU. que se localizan en el actual departamento francés de Aquitania y cuyas dataciones, recientemente calibradas, ofrecen un interesante intervalo cronológico del 1320-920 cal. ANE (Bronce Final II-IIIa) (Mederos, 1997).

Se debe hablar, por tanto, de una continuidad interna en el Alto Ebro para determinadas formas cerámicas de clara raigambre de CC. UU. Antiguos que abarcaría gran parte del Bronce final, ss. XII-IX cal. ANE. De lo que debe desprenderse que no se pueda o deba diferenciar la Fase Reciente de los CC. UU. en el Alto Ebro. Lo que sí que es cierto es que a partir del s. VIII cal. ANE parece detectarse la asimilación de nuevos rasgos culturales (niveles IV de Partelapeña, PIIa y PIIb del Alto de la Cruz, IIa y IIb de Castillo de Henayo, II de La Hoya, II de El Castillar...), que traen consigo nuevas variantes y por consiguiente nuevas regularidades en las manifestaciones arqueológicas en el Alto Ebro. Esta reorientación se constata no sólo en la cultura material sino también en la reorganización urbanística y arquitectónica de las viviendas (Llanos, 1988; García López, 1994; Munilla y Gracia, 1995) y de las manifestaciones funerarias, ahora sí, plenamente documentadas (Royo, 2000).

Por otro lado, no hay que olvidar la existencia, en todo este ámbito, de un sustrato local como pone de manifiesto el registro de los primeros niveles de ocupación en Partelapeña (Fases I y II), La Hoya (Fase IV), y Alto de la Cruz (Fases PIV, PV y PVI) y que no hacen sino remontar el inicio de dichas ocupaciones hasta el Bronce Medio y sin que se aprecie indicio de discontinuidad alguna en la secuencia de dichos yacimientos. Ahora bien, el gran problema viene dado por la escasa información que hay acerca de su contenido; consecuencia clara, por otro lado, de la poca superficie que se ha excavado hasta ahora en los niveles que atañen a dichas fases. De ahí que el tema del origen de uno de esos componentes que ha sido tildado, en cierto sentido, de autóctono, la técnica y los motivos decorativos excisos, resulte, a todas luces, polémico y controvertido, máxime cuando son diversas las posturas que difieren; si bien éstas tampoco parecen contar, al menos de momento,

con bases argumentales más sólidas que las propuestas para su origen local (Castro *et al.*, 1996).

En definitiva, la hipótesis interpretativa que aquí se propone supone la posibilidad, por un lado, de poder explicar la presencia de determinadas manifestaciones arqueológicas emparentadas con los CC. UU. en el Alto Ebro sin necesidad de recurrir a invasiones o movimientos migratorios en masa que remontan el río Ebro. Y por otro, de ofrecer un marco explicativo adecuado para plantear una entidad arqueológica propia en el Valle Alto del Ebro a finales del Bronce Final, 1150-800 cal. ANE. Así, se explicaría mejor no sólo la compleja génesis, sino también las características, en este caso, del repertorio cerámico de estas comunidades, que no deben atribuirse de forma genérica y en el sentido estricto a los CC. UU., pues, como se ha visto, las piezas cerámicas ponen de manifiesto una dualidad de origen cultural, por un lado, las influencias que se encuentran enraizadas en los CC. UU. y, por otro, las propias influencias del sustrato local.

Por el contrario, la vinculación que tradicionalmente se le había venido dando a otras áreas como la de Molina de Aragón, empieza, ahora, a ser matizada. La evolución de su repertorio cerámico, así como la cronología, guarda mayor afinidad con el Bajo Aragón que con lo que ocurre en el Alto Ebro (Valiente, 1999). Así, se explica la presencia de cerámica acanalada y la ausencia de excisa en el primer horizonte, "Fuente Estaca", lo cual habría que ponerlo en relación con la situación análoga que se desarrolla durante el final de CC. UU. Antiguos (Fase Palermo III)-inicios de CC. UU. Recientes (Fase Palermo II), esto es, en torno al 950 cal. ANE. Mientras que el hecho de que sea en el segundo horizonte, "Locón", donde se documente cerámica excisa vendría dado por la presencia, ahora ya sí, de esta técnica decorativa en los CC. UU. Recientes del Bajo Aragón (Fase Palermo II), una vez que ha sido asimilada (Álvarez, 1990).

Peor conocida por proceder todo el material de superficie pero no por ello menos interesante resulta la cerámica que ha aparecido en el Alto Duero, tal y como se ha recogido en el análisis ceramológico. La aparición de estas manifestaciones, aun cuando carecen de contextualización estratigráfica, (pre)supone, en primer lugar, la

existencia y establecimiento de comunidades vinculadas al Alto Ebro en la parte más oriental de la Submeseta Norte; y en segundo lugar, permite trazar la vía de conexión/entrada al valle del Henares. Aquí se desarrolla de forma más o menos sincrónica la facies Pico Buitre, ss. XIII-XI cal. ANE, la cual presenta una serie de manifestaciones que nos remiten, nuevamente y como también se ha señalado en el análisis ceramológico, al Valle Alto del Ebro (Crespo, 1992; Barroso, 1999).

A la vista, pues, de las seriaciones cerámicas y de las dataciones, calibradas y radiocarbónicas, de los yacimientos del Bronce Final del Valle Alto del Ebro, parece factible proponer una cronología en torno al 1100 arq. ANE para la ocupación de La Solana. Resulta evidente, por tanto, la conexión directa que debió existir entre ambas zonas, con producciones comunes y estrechamente ligadas formal y decorativamente y que permiten sugerir la implantación de comunidades vinculadas al Bronce Final del valle del Ebro en este espacio del NE de la Submeseta Norte.

3. Productos artefactuales metálicos

La prospección superficial ha permitido recuperar, junto a los testimonios cerámicos, otras evidencias arqueológicas integradas por productos artefactuales metálicos. Éstos forman un nutrido grupo que llama la atención, tanto por su cuantía, como por la homogeneidad de los mismos. El conjunto se compone de diez elementos, realizados en bronce, que presentan un diferente estado de conservación.

En efecto, tan sólo dos de ellos aparecen (o se pueden considerar) íntegros. Corresponden, en un caso, a una aguja con ojo romboidal que se encuentra asociada a una cabeza ensanchada con la misma morfología; y en otro, a una aguja cuyo ojo, también romboidal, se dispone en el tallo. Las restantes piezas se muestran incompletas, aunque algunas de ellas mantienen rasgos suficientes para su identificación y clasificación. Estas últimas están representadas por el fragmento del puente concerniente a una fíbula acodada; la cabeza unida al arranque de la varilla perteneciente a un alfiler que responde al tipo

denominado "de cabeza enrollada" y un botón con travesaño, cuyo cuerpo original ha sido modificado por una perforación realizada en la zona central.

Además de las piezas mencionadas, hay que añadir otras tantas menos expresivas y determinables a causa de sus roturas, las cuales están constituidas por la parte proximal de una larga varilla apuntada de sección circular y disposición arqueada que ha perdido el extremo opuesto (y quizá el más decisivo de cara a su definición); un fragmento de una posible pinza y tres chapas de morfología irregular.

El repertorio de objetos presentados ofrece aspectos peculiares determinados tanto por su vinculación a una misma categoría –definida por pertenecer a un equipamiento personal–, como por aspectos de orden tipológico, del mismo modo que por el carácter de las agrupaciones establecidas, aun cuando su simultaneidad y significado, ante la naturaleza superficial de los vestigios, se tenga que tomar con cautela. De este conjunto, destaca la ausencia de armas y de objetos relacionados con actividades de subsistencia, complementado, a su vez, por la falta de vestigios que indiquen prácticas metalúrgicas. Así pues, a pesar de las expresivas carencias señaladas, el sitio podría ser entendido como un lugar de hábitat, máxime cuando la exploración superficial no ha aportado signos alusivos a funciones de índole más específica del yacimiento (p. e. necrópolis).

Por otra parte, su justificación como un lugar de hábitat presenta, también, algunas particularidades derivadas de la elección mostrada por el emplazamiento. La ubicación podría tildarse, acaso, de poco estratégica debido a su condición topográfica, dado que elude una posición favorecida por requisitos naturales defensivos, circunstancia, que por el contrario, es ofrecida, de largo, por un nutrido grupo de puntos existentes en las inmediaciones. Este desprecio por los requerimientos defensivos se advierte, también, mediante la omisión de indicios constructivos organizados con la finalidad de paliar las carencias naturales. Por tanto, la serie de vestigios, tanto de orden artefactual como ligados al emplazamiento, sugieren un centro apartado de las áreas de producción, quizá acorde con una

zona de paso (un punto intermedio en una larga red de relaciones por donde circulan los materiales); o bien, el final de una cadena de distribución, que coloca al yacimiento como receptor y consumidor de bienes de prestigio.

En las páginas siguientes, se ofrece un análisis más detallado de los objetos recuperados, donde se presta mayor atención a las piezas, que por sus condiciones de conservación han mantenido los atributos necesarios para facilitar su descripción y clasificación (Fig. 3). Esta deliberada orientación no pretende ser selectiva o sesgada; por el contrario, obedece a un proceso que tiene como meta la obtención de unos datos básicos que sirvan para esclarecer y explicar el contexto arqueológico y, en definitiva, el marco histórico dibujado por las evidencias materiales recuperadas en el yacimiento de La Solana.

3.1. *Agujas*

Se incluyen en este apartado dos piezas de diferente tipología, las cuales por sus características se suelen considerar más como instrumentos que como objetos de adorno. Una de ellas –con 6,5 cm de largo– presenta un ojo con morfología romboidal en el extremo de la varilla, condición formal que se transmite igualmente a la cabeza (Fig. 3, n.º 2). Este rasgo concreto ha sido determinante para su catalogación dentro del subtipo d2, propuesto por Ruiz Zapatero (1985) para los ejemplares peninsulares documentados, principalmente, en contextos de filiación CC. UU.

No obstante, la escasa complejidad del morfotipo hace que sea un producto recurrentemente implantado, sin que tenga una ubicación cultural y temporal concreta y, por tanto, de ordenación problemática. Un ejemplo de esta situación lo señala su extensa difusión y dilatada presencia, en las áreas donde el registro de estas piezas tiene la ventaja de ser cuantioso como sucede en contextos europeos. En éstos aparece a lo largo del Bronce Final, tanto en entidades culturales continentales (Rychner, 1979), del mismo modo que en atlánticas (Coffyn, 1985). Esta amplia afinidad contextual se repite, también, en la Península Ibérica. Así, dentro de la

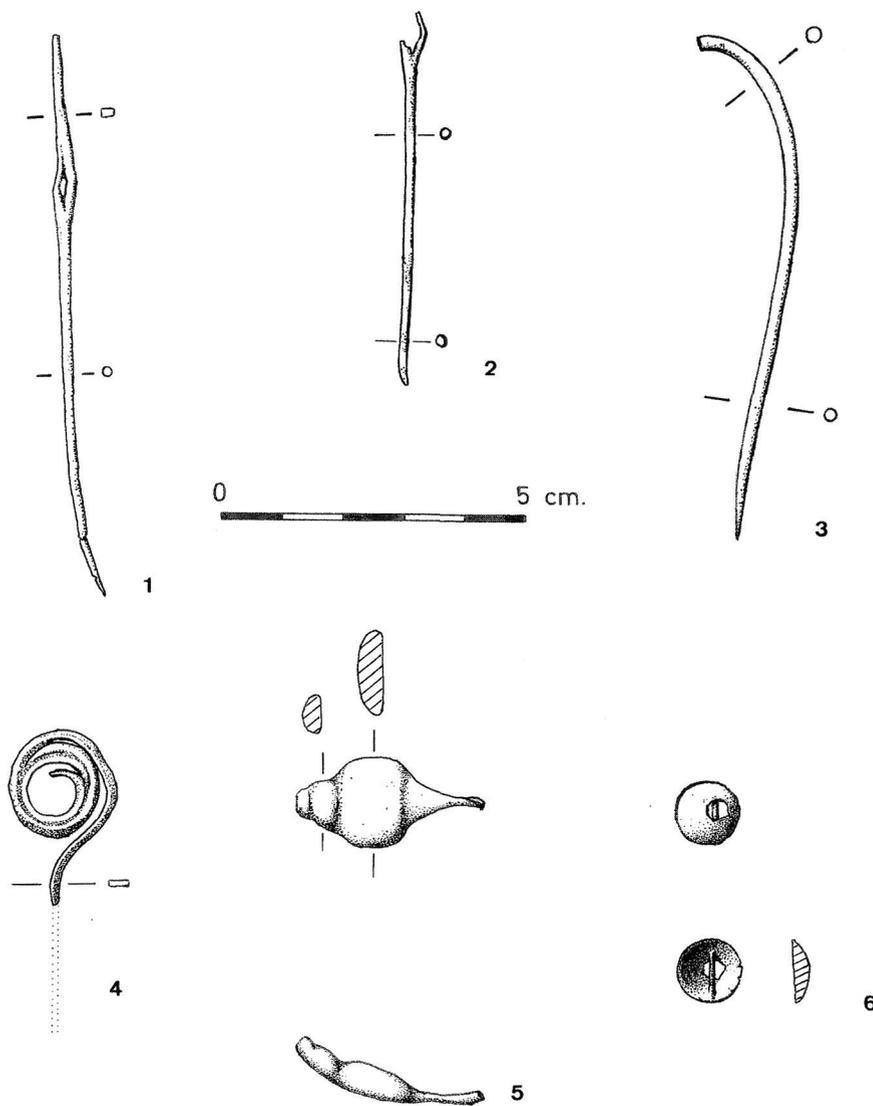


FIG. 3. La Solana: objetos metálicos.

Submeseta Norte, se ha defendido que tales piezas perduran hasta momentos avanzados de la Edad del Hierro (Escudero, 1995; Esparza y Larrazabal, 2000).

Al margen de estas notas, es obligatorio citar los ejemplares documentados en Peñas de Oro (Valle de Zuya, Álava), dada su proximidad geográfica y cultural con el yacimiento burgalés. A través de ellos se observa la misma ambivalencia aludida. En efecto, la imprecisa acotación temporal se observa en los ejemplares identificados que proceden tanto de los niveles inferiores del

poblado (Nivel 3, Escotillas II y III), como de depósitos más recientes (Nivel 2b, Escotilla II). Para esta diacronía estratigráfica, se propuso, en su momento, una cronología convencional situada, respectivamente, entre el 750-650 arq. ANE y los ss. VI-V arq. ANE (Ruiz Zapatero, 1985).

La segunda aguja corresponde a un ejemplar que muestra una perforación de morfología romboidal en el centro del tallo, presentando su varilla una longitud de 10 cm (Fig. 3, n.º 1). Este tipo de agujas tiene, de la misma manera que la pieza precedente, una larga tradición en el ámbito europeo. Sus manifestaciones se remontan al Bronce Medio en el NE de Suiza (Hochuli, 1992), perdurando en esta área y en Saboya hasta el Bronce Final III (Bocquet, 1969; Rychner, 1979). Así mismo, se identifican formando parte de los ajueres funerarios pertenecientes a entidades culturales de CC. UU. tanto en el SO de Alemania (Müller-Karpe, 1970; Rychner, 1979) como de yacimientos Protovillanovianos de Italia Central, datados en el Ha A2 (Müller-Karpe, 1970).

Los productos documentados en la Península Ibérica no son muy numerosos. Parte de ellos (los acreditados hasta los años 80), fueron recopilados por Ruiz Zapatero (1985), e incluidos como variantes -subtipo d1- del grupo genérico de "Agujas con Ojo". Estas piezas, al igual que sucede con la anteriormente mencionada, no tienen una homogeneidad cronológica, ni tampoco una dispersión uniforme dentro del ámbito peninsular. En efecto, representaciones de las

mismas han sido identificadas en contextos atribuidos a CC. UU. como es el caso de los ejemplares recuperados en Peñas de Oro (Ugartechea *et al.*, 1971); de igual modo que en atlánticos: Castro de Borneiro (A Coruña) (Ruiz Zapatero, 1985) y Castro de La Mazada (Gallegos del Campo, Zamora) (Esparza y Larrazabal, 2000).

Así mismo, llaman la atención por su atribución cronológica dispar. Las fechas atribuidas más antiguas corresponden a las piezas procedentes de Peñas de Oro, en particular, las registradas dentro del Nivel 3 –Escotillas II y III–, cuya propuesta temporal se sitúa entre el 750 y el 650 arq. ANE (Ruiz Zapatero, 1985). Sin embargo, su vigencia va más allá de estas fechas como sugiere el ejemplar de Borneiro con estimaciones que aluden al siglo VI arq. ANE (Ruiz Zapatero, 1985), o la efectuada para la pieza oriunda del Castro de La Mazada, comprendida entre los ss. VIII y VI arq. ANE (Esparza y Larrazabal, 2000).

3.2. Alfileres

Esta categoría se encuentra representada en La Solana por un solo componente. Corresponde a un ejemplar incompleto que incorpora, únicamente, la parte perteneciente a la cabeza y el inicio del vástago. Ambos elementos aparecen definidos mediante una cinta estrecha de sección plana, la cual ofrece un desarrollo en tres vueltas sobre sí misma para configurar la cabeza (Fig. 3, n.º 4). Tales rasgos remiten al subtipo c2 (alfiler de cabeza enrollada sin sobresalir del tallo) de la sistematización realizada por Ruiz Zapatero (1985) para las piezas peninsulares.

El tipo de alfiler así definido tiene, también, una dilatadísima presencia en los contextos europeos. Se conoce desde el Bronce Antiguo en el S de Alemania, Hungría y Bohemia, siendo también identificado en Francia aunque de manera más esporádica (Coffyn, 1969; Audouze y Gaucher, 1981). Sin embargo, alcanza una mayor notoriedad en el Bronce Final, como refleja su dispersión por distintos ámbitos continentales, desde los palafitos suizos (Rychner, 1979) hasta entidades culturales de CC. UU. del SE de

Francia e Italia central, donde perduran hasta los inicios de la Edad del Hierro (Guilaine, 1972; Roudil, 1972).

Precisamente su comparecencia en las necrópolis languedocienses de la Facies Mailhac I –datadas en el Bronce Final IIIB– han servido de referencia para situar los testimonios peninsulares del NE asociados a CC. UU. De manera que las piezas procedentes de las necrópolis del Ampurdán (Agullana), los poblados del valle del Segre (Nivel VII de La Pedrera) y el Bajo Aragón, se han datado en torno al siglo VIII arq. ANE, o lo que es lo mismo, incluidas en los CC. UU. Recientes (Almagro Gorbea, 1977b; Ruiz Zapatero, 1985).

No obstante, al margen de estos testimonios, el modelo de alfiler tiene una larga vigencia dentro de la Península Ibérica. Sus hallazgos se reconocen no sólo en los contextos citados sino también en otros de cronología más reciente como apunta su presencia en yacimientos catalanes y del valle del Ebro, cuyas fechas se prolongan hasta el siglo VI arq. ANE (Royo, 1980; Ruiz Zapatero, 1985; Maya, 1992-1993). Igualmente se encuentran en áreas con tradiciones metalúrgicas distintas –atlánticas– según propone el caso documentado en el castro de El Torroso (Mos, Pontevedra) (Peña, 1992), o sucede con los ejemplares registrados en la Submeseta Norte. Los datos disponibles sobre estos últimos, aunque muestran una amplia dispersión geográfica dentro de la región, están vinculados a contextos culturales del Soto. Esto, al menos, es lo que indican en la actualidad las piezas recuperadas en el yacimiento leonés de Villacelama (Celis, 1996) y en el castro de La Mazada (Esparza y Larrazabal, 2000) para los que se propone una cronología situada ente los ss. VIII y VI arq. ANE. A estos hallazgos se deben añadir los alfileres documentados en el castro de Fuensaúco, tanto en excavación –Estrato II–, para el que se estima una fecha entre los siglos VI y V arq. ANE (Romero y Misiengo, 1995) como en prospección superficial (Bachiller, 1995).

Esta relación de la información que proporcionan los ejemplares existentes en la zona N peninsular pone de manifiesto una dispersión desplegada, principalmente, en la Submeseta Norte y los tramos medio-bajo del valle del

Ebro. Sin embargo, no se aprecian evidencias equiparables dentro de otro sector de este último ámbito como es el correspondiente al área vinculada con el Alto Ebro. Esta zona tiene particular interés ya que su posición geográfica supone un ámbito vecino al lugar donde se encuentra emplazado el yacimiento burgalés de La Solana.

Dentro del área mencionada el tipo de alfiler considerado no se identifica, al menos, con esta conformación. Su lugar aparece ocupado por otra modalidad, diferenciada de la anterior por la peculiaridad que constituye la transformación de uno de los atributos esenciales del prototipo genérico. En efecto, la cabeza del mismo adquiere un destacado desarrollo y protagonismo al introducir una mayor anchura en la cinta destinada a formar la parte del enroscamiento, de manera que la hechura sobresale expresamente del tallo.

Tales productos, sin embargo, tienen en la zona una difusión restringida, únicamente se han localizado en unos pocos yacimientos del Alto Ebro: Peñas de Oro y Pico de San Pedro (Villanueva de Valdegobía, Álava). Ante los rasgos estilísticos y su restringida dispersión se ha ofrecido una interpretación que insinúa una creación local, derivada, desde luego, de los diseños simples que incorporan los alfileres de cabeza enrollada (Ruiz Zapatero, 1985). No obstante, en su momento, el contexto y proceso, en detalle, de dicha transformación, no fueron especificados; sin embargo, se propuso una estimación cronológica cuyo punto de partida se encuentra en los ejemplares con posición estratigráfica procedentes de Peñas de Oro (Nivel 3, Escotilla III), considerados pertenecientes al siglo VIII arq. ANE. Piezas afines se identifican formando parte de los ajueres funerarios de las necrópolis mailhacenses de Moulin y Los Fados, datadas en el Bronce Final III B (Guilaine, 1972) y también en la Provenza, estas últimas con una cronología que corresponde ya a la Edad del Hierro (Arcelin, 1976).

3.3. *Fíbula de codo*

Entre las distintas piezas y restos que componen el repertorio metálico recuperado se ha

conseguido identificar un fragmento correspondiente al puente de una fíbula acodada (Fig. 3, n.º 5). El segmento reconocido presenta un estado de conservación deficiente debido tanto a su condición incompleta como a una intensa corrosión. Estas circunstancias determinan que en relación con el prototipo teórico, falten varios componentes básicos que impiden conocer una serie de rasgos característicos del objeto entre los que se debe destacar los siguientes: dimensiones, posición del codo, articulación de los brazos y la relación de estos últimos respecto al resorte y la mortaja. Sin embargo, a pesar de las limitaciones la rama del brazo preservada tiene entidad suficiente para permitir su análisis y clasificación.

La porción del puente disponible muestra una configuración general aplastada, a la que apenas imprime relieve el diseño moldurado que incorpora. Éste aparece estructurado a partir de una faja con morfología cuadrangular que constituye la parte central del cuerpo. Su conformación se completa mediante varias líneas paralelas incisas que con función decorativa se disponen de manera transversal al eje principal del brazo y sirven para delimitar los flancos de la faja central. Los rasgos señalados, junto a la ligera curvatura que apunta la rama del brazo y las variaciones desplegadas por la sección, suponen un conjunto de atributos propios de las fíbulas de codo denominadas, genéricamente, "Tipo Huelva" (Bernabó, 1954; Almagro Basch, 1940, 1957; Schüle, 1969; Delibes, 1978; Fernández Miranda y Ruiz-Gálvez, 1980; Coffyn, 1985; Ruiz Delgado, 1989; Argente, 1994).

Su presumible filiación con el prototipo genérico mencionado debería agregar, también, otro rasgo como es la posición simétrica del codo (Ruiz Delgado, 1989). El detalle que como se ha indicado no se encuentra accesible para los propósitos de la observación se podría reconstruir atendiendo al punto donde se localiza la rotura del puente, el cual coincide con los lugares habituales de fractura reconocibles en las piezas de asignación onubense que presentan el codo en posición centrada (Ruiz Delgado, 1989).

Así pues, a pesar del estrecho margen de identificación, la porción del brazo conservado no sólo facilita una atribución genérica, sino que

también hace posible efectuar comparaciones con otros ejemplares acodados conocidos en la Península Ibérica. En los párrafos siguientes se evalúan, con este fin, las correspondencias y desavenencias tipológicas existentes entre ellos.

Los atributos incorporados por el brazo de la fibula recuperada en La Solana establecen marcadas diferencias frente a los que muestran otras modalidades acodadas. Estas divergencias se reconocen, en primer lugar, frente a los tipos más sencillos cuyo puente aparece caracterizado por un arco de sección única, tanto si esta última es circular —a la que pertenecen los objetos procedentes del yacimiento de El Cerro de la Encina (Monachil, Granada) (Molina, 1978), el leonés de Mansilla de las Mulas (Schüle, 1969), e incluso algunas piezas de la Ría de Huelva (Almagro Basch, 1940)—; como si supone otra variedad en la morfología constituida por un diseño elíptico, caso del ejemplar hallado en El Cerro Alcalá (Torres, Jaén) (Carrasco *et al.*, 1980). Por otra parte, tampoco se detecta una conformidad estricta respecto al conjunto de fibulas que adoptan unos rasgos tipológicos distintos a los anteriores como sucede en las configuraciones de sección múltiple.

Estas últimas, conocidas bajo la denominación "Tipo Huelva" (Almagro Basch, 1940), ofrecen puentes con unos atributos destacados constituidos mediante unos llamativos relieves, los cuales son consecuencia del abultamiento de la faja central así como de unos collarines adjuntos a la misma. Dentro de esta modalidad se integran una serie amplia de ejemplares documentados en la Submeseta Norte como son las piezas sobradamente conocidas procedentes del Castro de la Yecla (Silos, Burgos) (González, 1945), Cerro del Berrueco (El Tejado, Salamanca) (Maluquer, 1958) o la igualmente oriunda de la provincia de Burgos, actualmente depositada en el Museo Arqueológico de Barcelona (Almagro Basch, 1940).

La pieza burgalesa, por el contrario, tiene afinidad con un grupo restringido de ejemplares, que paradójicamente, son incluidos entre las piezas de filiación onubense. Éstos corresponden a las fibulas procedentes del yacimiento de La Requejada (San Román de la Hornija, Valladolid) (Delibes, 1978) y la descubierta en El Cerro

de la Miel (Moraleda de Zafayona, Granada) (Carrasco *et al.*, 1985). El análisis de sus respectivos puentes permite ver la existencia de varios atributos compartidos, los cuales aluden al carácter aplastado del brazo, el escaso relieve de este último y la presencia de un cuerpo central cuadrangular flanqueado por incisiones que con función decorativa se disponen de manera transversal al eje que supone el puente.

Además de los atributos comunes observados en estos ejemplos peninsulares, alguno, también, de los componentes señalados se advierten en otra fibula que se encuentra alejada temporal y espacialmente de los testimonios apuntados como es la pieza borgoñona localizada en Beaume-Les-Creancey (Cunisset-Carnot *et al.*, 1971). Las semejanzas, en este caso, atienden únicamente a los elementos que configuran el brazo ya que el diseño del codo —transformado en un anillo— no guarda relación con las fibulas peninsulares mencionadas.

De las similitudes morfológicas que acredita la fibula burgalesa respecto a los ejemplares de San Román de la Hornija y el Cerro de la Miel, se desprende una problemática que tiene mucho que ver con el encuadre cronológico de la primera y su paralelismo o grado de afinidad que se puede establecer entre ellas. En este sentido las dos fibulas mencionadas presentan una ventaja inestimable para valorar tales cuestiones que evitan consideraciones basadas sólo en características de orden tipológico. Tal ventaja aparece expuesta, no sólo por su datación, sino también por la unión a contextos bien definidos. Tales aspectos suponen un adecuado punto de referencia para realizar algunas observaciones útiles para argumentar la posición temporal del ejemplar examinado. No obstante, este panorama quedaría incompleto si no se incorporan otros datos contextuales y cronológicos que aportan las piezas rescatadas en la Ría de Huelva o en otros poblados granadinos.

Los de estos últimos están integrados por los testimonios originarios del yacimiento ya mencionado, Cerro de la Miel, al que se suma los de otro enclave cercano, El Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona), cuyas fibulas, en ambos casos, se han hallado en contextos de habitación. En el primero de estos yacimientos la fibula recuperada

está asociada con el nivel de derrumbe de una cabaña (Nivel A6), el cual se ha fechado a partir de una muestra de carbón vegetal (Carrasco *et al.*, 1987). La calibración de la fecha obtenida sitúa dicho acontecimiento en 1250 cal. ANE. En cambio, el Cerro de la Mora muestra dos momentos donde aparecen estos objetos. El más antiguo de ellos corresponde a la Fase Ia, con fechas en torno al 1250 cal. ANE; mientras que la segunda, Fase Ib, tiene unos inicios ubicados en 1150 cal. ANE, aunque el estadio se prolonga hasta el 900 cal. ANE (Carrasco *et al.*, 1985).

Así pues, los datos de ambos yacimientos dibujan un panorama específico sobre la distribución alcanzada por estos productos metálicos cuyas fechas, en definitiva, no se apartan de la delimitación propuesta para el Bronce Final del SE (Castro *et al.*, 1996). El depósito de la Ría de Huelva incluye varias fíbulas y también distintas dataciones radiocarbónicas con fechas que señalan un intervalo comprendido entre el 870 y el 850 ANE (Almagro Gorbea, 1977a), las cuales una vez calibradas se sitúan entre el 1000 y 950 cal. ANE (Castro *et al.*, 1996). Por tanto, el tramo cronológico delimitado muestra un período correlativo al precedente, aunque encuadrable en el Bronce Final III A (Castro *et al.*, 1996).

Por el contrario, en la Submeseta Norte las fechas disponibles son menos numerosas. En estos momentos sólo es posible contar con las obtenidas en el depósito funerario de San Román de la Hornija. Dentro de este contexto arqueológico, la fíbula se encuentra formando parte de un ajuar perteneciente a la facies Cogotas I. El conjunto cerrado ha permitido obtener dos fechas radiocarbónicas –1010 y 870 ANE (Delibes, 1978)– cuya peculiaridad radica en la distancia existente entre ellas. De ambas fechas, habitualmente se ha prestado mayor atención a la más tardía, por su equiparación temporal respecto a las dataciones aportadas por los ejemplares onubenses, anteriormente mencionados. Tan sólo en los últimos años se ha retomado la fecha más alta (Delibes *et al.*, 1990), motivado por el nuevo panorama de discusión abierto tras los hallazgos procedentes de los poblados granadinos aludidos más arriba, y de manera especial

por el conjunto artefactual metálico que acompaña a la fíbula recuperada en el Cerro de la Miel (Carrasco *et al.*, 1985, 1987).

Además de estos aspectos parece imprescindible ocuparse de la posición donde podrían quedar situadas ambas fechas una vez calibradas. En este sentido, su evaluación ha proporcionado una ubicación correspondiente al 1192 y 1035 cal. ANE (Castro *et al.*, 1996). Tales fechas, sobre todo la más elevada, sugieren una proximidad con el ejemplar del Cerro de la Miel, ya dada a entender, en parte, mediante los respectivos rasgos tipológicos anteriormente indicados (Carrasco *et al.*, 1985). No obstante, tiene interés reiterar que estos últimos difieren de los que portan los ejemplares onubenses (Ruiz Delgado, 1989; Carrasco *et al.*, 1985), los cuales, a su vez, están acompañados de una posición cronológica distinta respecto a los poblados granadinos del Cerro de la Miel y Cerro de la Mora.

En cualquier caso, resulta significativo que ambos subtipos de fíbulas se encuentren distribuidos dentro del ámbito de la Submeseta Norte en un tramo cronológico que podría ser situado, de una manera genérica en función de los datos disponibles, entre 1250-950 cal. ANE, coincidiendo con el auge del desarrollo de Cogotas I, y dilatando su presencia hasta sus momentos finales. Así pues, el marco temporal que delimita dicha comparecencia sugiere unos objetos cuya distribución está al margen de la tradición metalúrgica de la citada entidad cultural, siendo, en cambio, resultado de la integración de este territorio en redes de intercambio fomentadas con el S peninsular (Castro *et al.*, 1996; Ruiz-Gálvez, 1998).

Este panorama no es muy diferente al que se puede proponer para explicar el origen de la fíbula burgalesa, salvo los matices introducidos por dos aspectos. Éstos remiten, en un caso, a una zona geográfica de características específicas como es la comprendida por el área oriental de la Submeseta Norte, y en otro hace alusión a un contexto que responde a una entidad cultural distinta a Cogotas I. En efecto, el conjunto artefactual recuperado no corresponde al habitualmente documentado en los ejemplos conocidos en la parte central de la cuenca del Duero, caracterizados por su vinculación preferente con la facies

que se acaba de nombrar (Delibes, 1978; Ruiz-Gálvez, 1980; Fernández Manzano, 1986).

Por el contrario, las evidencias materiales recogidas junto al ejemplar examinado –tanto los elementos metálicos como cerámicos–, tienen una profunda relación con las manifestaciones culturales desplegadas en el Alto Ebro durante el Bronce Final. Estas últimas, según plantea la reciente revisión de las fechas radiocarbónicas (a las que se hará referencia más adelante), ofrecen un desarrollo paralelo a lo que acontece en la zona central de la cuenca del Duero para el espacio temporal comprendido entre el siglo XIV y el X cal. ANE (Castro *et al.*, 1996). De manera que los datos sugieren unos límites temporales donde parece posible que pueda situarse la fíbula burgalesa. Una propuesta de encuadre más detallada remitiría a una datación equivalente a la fecha más alta asociada con el ejemplar de San Román de la Hornija, aspecto que será discutido de manera más amplia en los párrafos siguientes al amparo de las restantes manifestaciones metálicas.

3.4. Los productos artefactuales metálicos de La Solana y su encuadre dentro del panorama regional

Al margen de la naturaleza de su contexto originario, la procedencia superficial de los productos metálicos aportados por el yacimiento de La Solana plantea varias cuestiones de carácter inmediato, las cuales atienden, principalmente, a su simultaneidad y precisa atribución cronológica. Ante las condiciones del hallazgo se ha optado por explorar una vía que no genera, especialmente, grandes desacuerdos de orden tipológico. Esta vía pasa por estimar al grupo constituido por los objetos recuperados como un conjunto unitario. La reunión, así dispuesta, permite ver facetas homogéneas que aluden, fundamentalmente, a dos aspectos. Por un lado, todas las piezas –excepto la fíbula de codo–, se identifican con productos cuyos rasgos estilísticos y tipológicos corresponden a una metalurgia de arraigo continental; y, por otro, suponen componentes que forman parte de una gama restringida de elementos acordes con enseres pertenecientes al uso personal.

Anteriormente, en la parte descriptiva, se ha señalado de manera puntual la manifestación ofrecida por alguno de estos objetos dentro de contextos donde predomina la metalurgia atlántica. Sin embargo, en tales ámbitos su comparencia habitual suele ser mediante elementos aislados; esto es, no se observan las asociaciones artefactuales que proporciona, por ejemplo, la colección recuperada en el yacimiento burgalés. Este hecho marca un distanciamiento frente a los ámbitos atlánticos y remite, por el contrario, hacia agrupaciones similares, las cuales sólo son reconocibles dentro de entidades situadas en territorios que se encuentran bajo la influencia de la metalurgia continental.

Este origen y encuadre cultural establece, así mismo, una divergencia y alejamiento de las evidencias materiales que pertenecientes a la misma categoría se documentan en áreas inmediatas. Un ejemplo en el sentido indicado lo exponen las producciones metálicas registradas en la parte central de la cuenca del Duero durante el Bronce Final (facies Cogotas I), la transición a la Edad del Hierro e incluso el inicio de esta última fase (Soto Formativo). Todo este trecho constituye un período con escasa personalidad metalúrgica como definen sus elaboraciones o incorporaciones, las cuales, mayoritariamente, reproducen esquemas atlánticos (Coffyn, 1985; Esparza, 1990; Delibes y Romero, 1992; Delibes *et al.*, 1995; Cruz y Quintana, 1999).

Otro tanto cabe apuntar respecto a otras zonas, a pesar de encontrarse en este caso de manera más explícita bajo el dominio continental. En efecto, la mayor parte de los objetos y las agrupaciones que se encuentran establecidas en el yacimiento de La Solana no se reconocen en las estaciones ubicadas en los tramos medio y bajo del valle del Ebro (Ruiz Zapatero, 1985; Almagro Gorbea 1987; Royo 1980, 1990). Tampoco se detectan en las comarcas con fuerte implantación de CC. UU. –NE de la Península–, ni en el período correspondiente a la Fase Antigua, así como en la Fase Reciente (Almagro Gorbea, 1977b; Ruiz Zapatero, 1985; Maya, 1992-1993).

Sin embargo, frente a esta reiterada ausencia de correspondencias, las equivalencias mejor definidas se identifican circunscritas a un ámbito restringido como es el Alto Ebro. Si bien en este

caso, las afinidades más expresivas se limitan al repertorio metálico aportado por el Nivel 3 –Escotillas II y III– del poblado de Peñas de Oro (Ugartechea *et al.*, 1971). Estos concisos paralelos suponen líneas convergentes que vienen a complementar los aspectos constatados a través de los materiales cerámicos, lo cual no es otra cosa que la integración de La Solana en un ámbito cultural común que incorpora al Alto Ebro y se extiende por toda la zona oriental de la Meseta.

Para evaluar lo específico de estas manifestaciones, del mismo modo que su carácter excluyente y desligado de las entidades culturales vecinas (en especial, las localizadas en el Valle Medio del Ebro y en la parte central de la Meseta), es necesario acudir al nuevo panorama dibujado en la zona, fruto de la revisión de las dataciones radiocarbónicas disponibles (Castro *et al.*, 1996), y la información proporcionada por recientes estudios y proyectos de investigación (Almagro Gorbea y Fernández Galiano, 1980; Valiente, 1984; Valiente *et al.*, 1988; Crespo, 1992; Cebolla, 1992-1993; Blasco, 1994).

El examen de las dataciones correspondientes a los niveles inferiores de los poblados alaveses, Castillo de Henayo –Nivel IIIc– (Almagro Gorbea, 1972; Mariezkurrena, 1990) y La Hoya –Nivel III– (Llanos, 1988), han suministrado bases precisas para situar una cronología alta para el Bronce Final regional, la cual está comprendida entre las fechas 1350 y 1100 cal. ANE (Castro *et al.*, 1996). Así pues, el horizonte que nace de estos datos plantea la existencia de una coetaneidad del ámbito mencionado establecida, únicamente, respecto a dos entidades culturales peninsulares. Por una parte, con los CC. UU. del NE peninsular y, por otra, con las facies posteriores al desarrollo de Cogotas I, localizadas en la zona oriental de la Meseta, denominadas por sus yacimientos epónimos: Pico Buitre (Valiente, 1984) y Ecce Homo II (Almagro Gorbea y Fernández Galiano, 1980). Para las cuestiones tratadas en estos párrafos tiene particular interés la correspondencia de las dos últimas facies mencionadas con los poblados alaveses y, por extensión, con el conjunto que supone el Alto Ebro. Este interés atiende a la antigüedad del marco temporal y a la sincronía que determinan los elementos arqueológicos compartidos.

Las dataciones obtenidas en el yacimiento de Pico Buitre indican fechas de 1040 y 950 ANE (Crespo, 1992), las cuales, una vez calibradas, se sitúan en 1257 y 1090 cal. ANE (Castro *et al.*, 1996). Por su parte, la excavación de Ecce Homo ha aportado cuatro fechas radiocarbónicas (Almagro Gorbea y Fernández Galiano, 1980), sin embargo, sólo una de ellas es posterior a las fases de ocupación del poblado que atañe a Cogotas I, por tanto, a la etapa denominada Ecce Homo II, cuya datación en términos calibrados corresponde a 1250 cal. ANE (Castro *et al.*, 1996).

El reflejo de esta coetaneidad –que comprende todo el área, incluyendo el Alto Ebro–, se constata en el repertorio artefactual común, preferentemente ejemplificado, mediante el material cerámico y, de manera especial, a través de las técnicas decorativas: excisión y grafitado. Mientras que entre los objetos metálicos esta correlación no se expresa de igual modo. En efecto, todos estos yacimientos se caracterizan por la escasa presencia que adquieren estos últimos elementos arqueológicos. Un ejemplo elocuente de esta condición aparece expuesto a través de los dos anillos de bronce aportados por Castillo de Henayo (Llanos *et al.*, 1975) y la gama, no mucho más amplia, obtenida en Pico Buitre, la cual se compone de una aguja –resorte de una fíbula–, junto a un alfiler de cabeza enrollada y un punzón (Crespo, 1992). Suponen, por tanto, unos productos metálicos cuya falta de reiteración no permite determinar con precisión su interrelación, aunque en cualquier caso denotan una convergencia definida por su vinculación con productos que responden a la categoría de bienes de prestigio.

Las evidencias expuestas hablan a favor no sólo de un territorio interconectado entre el Alto Ebro y el oriente de la Meseta (Castro *et al.*, 1996), sino también de unas relaciones desplegadas más allá de los Pirineos, cuyos intercambios o distribuciones interregionales incluyen junto a productos cerámicos y técnicas decorativas, objetos metálicos. Sin embargo, los pocos testimonios de estos últimos artefactos conocidos en los lugares más inmediatos, SO de Francia, impiden concretar los puntos, que dada su proximidad, se pudieran considerar como áreas de producción, o en su caso, lugares potenciales de suministro.

En este sentido, entre las exiguas referencias disponibles, es necesario reseñar el "Grupo Duffaits". Dentro de esta entidad cultural se distinguen agujas pertenecientes al modelo que anteriormente se ha denominado "de ojo romboidal en el extremo de la cabeza" junto a cerámica con decoración excisa (Gómez, 1973; Coffyn, 1979), respaldado por oportunas dataciones, cuyas fechas delimitan un tramo comprendido entre el 1450 y 1065 cal. ANE (Castro *et al.*, 1996; Mederos, 1997). Resultan especialmente relevantes estos datos dado que los elementos cerámicos y las técnicas decorativas se reconocen en el Alto Ebro y, en especial, por cuanto su desarrollo diacrónico es, en gran medida, paralelo al registrado en los ámbitos peninsulares aquí examinados. No obstante, los aspectos más negativos se aprecian respecto al repertorio metálico con un carácter difuso e incompleto como se desprende de una similitud limitada a un objeto puntual. De manera que la serie de cuestiones que plantea la gama amplia de productos y asociaciones que incluye el yacimiento burgalés no se resuelven mediante la correlación parcial que se puede establecer con los metales del grupo francés mencionado.

Como se ha señalado, el agregado artefactual metálico más relevante proporcionado por el yacimiento de La Solana está constituido por el grupo formado por el ejemplar de la aguja precedente, junto al subtipo que presenta una perforación en el tallo y el alfiler de cabeza enrollada. Esta misma asociación, que se repite con algunas matizaciones en el poblado alavés Peñas de Oro, remite a manifestaciones reconocibles en varios yacimientos europeos, los cuales aparecen ubicados dentro de áreas donde la metalurgia sigue procedimientos de fabricación sujetos a criterios continentales. Corresponden a estaciones localizadas tanto en la zona *circumalpina*, Kreunzanch-Martinsberg (Rychner, 1979), en el SO de Alemania, Roseninsel (Müller-Karpe, 1970), y de igual modo, en Italia, según apunta el emplazamiento situado en la parte central del país, como es Pianello (Müller-Karpe, 1970). Sin embargo, tales yacimientos además de los artefactos metálicos señalados suelen presentar una nutrida gama de alfileres, cuyos modelos en la mayoría de los casos son desconocidos, en estos

momentos, dentro de los ámbitos peninsulares examinados.

No obstante, lo que merece la pena destacar además de este paralelismo, son otras facetas significativas como las que hacen referencia a su vinculación con una tradición metalúrgica específica y la no menos importante que alude a su posición cronológica. En efecto, estos elementos metálicos se incluyen en un contexto atribuible a CC. UU., asociados al Ha A2, cuyos momentos finales –los únicos que se pueden datar con seguridad en la zona oriental de Francia (Saboya y área Ródano-Alpes)–, corresponden a las fechas 1058-1054 cal. ANE (Mederos, 1997). El horizonte señalado se caracteriza por una masiva fabricación de objetos, el incremento en la modalidad de productos y una difusión que supera los límites culturales, alcanzando con sus intercambios áreas de tradición metalúrgica atlántica, como refleja la comparecencia de productos de filiación continental, en todo el E de Francia (Brun *et al.*, 1997). El suceso podría tener un corolario en el ámbito peninsular examinado tanto por la simultaneidad que apuntan las fechas –en particular con las manifestaciones postreras de las entidades culturales del Bronce Final– como por incremento de objetos, aspecto que aparece bien expresado en el repertorio ofrecido por los yacimientos de La Solana y Peñas de Oro, cuyo número, en cualquier caso, contrasta con la cuantía registrada en Castillo de Henayo y Pico Buitre.

En la actualidad, la ausencia de series amplias de dataciones para los ámbitos del Alto Ebro y el área oriental de la Meseta impide configurar un marco diacrónico interno lo suficientemente detallado y explícito. De manera que, ante la falta de estos referentes de orden regional y local, resulta difícil asignar una posición temporal concreta a los productos metálicos recuperados en el yacimiento de La Solana. No obstante, los datos disponibles permiten plantear una tentativa que, al menos, posibilita un encuadre inmediato para unas evidencias fragmentarias condicionadas por su procedencia superficial. El encuadre propuesto aludiría al s. XI cal. ANE. Esta posición se argumenta mediante el apoyo que suponen, fundamentalmente, dos vías. Por un lado, los productos metálicos de filiación continental. Su

presencia en el yacimiento burgalés se debe poner en relación con la integración de los ámbitos peninsulares señalados dentro de la red interregional de intercambios extendida desde las zonas *circumalpinas* hasta el S y SO de Francia durante Ha A2. La segunda línea argumental la determina la fíbula acodada y la difusión que tienen estos modelos (principalmente los denominados "Tipo Huelva") en la Meseta.

Ante la importancia que adquiere esta cuestión parece imprescindible examinar el límite cronológico inferior que alcanzan las fíbulas mencionadas dentro de la Cuenca Media del Duero. Aunque son escasos los ejemplares datados –limitados a las fechas procedentes del conjunto cerrado que constituye la tumba de San Román de la Hornija– sugieren, sin embargo, una propagación que no se extiende hasta las manifestaciones postreras adoptadas por la facies Cogotas I; o lo que es lo mismo, no superan la última centuria del segundo milenio (Delibes *et al.*, 1995; Castro *et al.*, 1996). En efecto, con posterioridad a este límite genérico y durante la época que se abre a continuación (final de Cogotas I y el período transitorio entre el Bronce Final e inicios de la Edad del Hierro), los productos metálicos señalados no se reconocen dentro del ámbito mencionado.

La información todavía parcial de esta etapa registra, sin embargo, la presencia de otra modalidad de fíbulas denominadas "ad occhio". Respecto a estas últimas, recientemente se ha indicado su posterioridad en relación con los modelos onubenses aunque se admite un período de convivencia entre ambos tipos, cuyos rasgos principales aún deben ser definidos (Carrasco *et al.*, 1999). Una imprecisión temporal similar es extensible a los ejemplares de estos modelos "ad occhio" presentes en las entidades culturales portuguesas de Baiões-Santa Luzia y Alpiarça que únicamente permiten situar tales piezas antes del 900 cal. ANE, momento en el que la metalurgia de ambas entidades culturales adopta los esquemas de Baiões-Venat.

Dentro de la Meseta no existen evidencias que avalen una convivencia, sino más bien una sustitución como apunta tanto la pieza documentada en el yacimiento madrileño de Perales del Río (Blasco, 1987), del mismo modo que la

rescatada en Soto de Tovilla II (Tudela de Duero, Valladolid) (Quintana y Cruz, 1996). Ambas fíbulas están vinculadas a contextos avanzados de Cogotas I y también parecen estar inmersas dentro de un mismo acontecimiento que atiende a la disolución de esta facies cultural.

En este sentido, tiene interés reseñar brevemente algunos datos notorios que acompañan al ejemplar procedente de Tudela de Duero. Los restos han sido recuperados en superficie y junto a la fíbula se rescataron materiales pertenecientes tanto a Cogotas I como al Soto Inicial. Entre todos ellos destaca la presencia de un puñal de tipología "Porto de Mós", cuya filiación con una metalurgia de signo atlántico –acorde con la serie Baiões-Venat–, proporciona unas notas temporales que aluden a un tramo cronológico comprendido entre el 1000-800 cal. ANE (Castro *et al.*, 1996; Quintana y Cruz, 1996; Cruz y Quintana, 1999). En definitiva, estos testimonios escuetos plantean la posterioridad de las fíbulas "ad occhio" recuperadas en la Meseta, respecto a los modelos onubeses. De este marco se deriva una consecuencia razonablemente contrastada según la cual la pieza de La Solana, al igual que el ejemplar de San Román de la Hornija, exponen una interacción con las zonas del S peninsular antes de la implantación de los nuevos tipos representados por las fíbulas "ad occhio".

Para delimitar por otro punto el panorama de encuadre planteado para las evidencias de La Solana es necesario retomar una cuestión pendiente desde párrafos anteriores que atiende a la hipotética relación que mantiene el yacimiento burgalés con los niveles inferiores (Nivel 3, Escotillas II y III) del poblado de Peñas de Oro que como se ha destacado contienen un repertorio metálico de gran afinidad con el material aquí examinado. Sin embargo, esta similitud genérica necesita una matización, sobre todo, ante las divergencias que supone la variación introducida en los alfileres de cabeza enrollada.

En efecto, la transformación que experimenta el prototipo de alfiler tiene, no obstante, un carácter local, como permiten ver varios aspectos. Por un lado, su distribución restringida –limitada a este yacimiento y a unos pocos situados en sus proximidades, cuyo ejemplo más evidente lo proporciona el enclave de Pico de San Pedro

(Llanos, 1968)—, por otro, la diferencia que supone el número de ejemplares, cuyo registro es abundante en Peñas de Oro mientras que, por el contrario, tiene una presencia reducida al mínimo en el segundo y, por último, la afinidad de sus componentes metalográficos (Valdés, 1989).

Sin embargo, aun siendo llamativa la materialidad tan particular que reflejan estos cambios no existen bases precisas para establecer su ubicación temporal. En este sentido, la ausencia de dataciones en los niveles de procedencia hace que la única vía disponible tenga que ser habilitada mediante las orientaciones de los aspectos tipológicos aportados por un fragmento de empuñadura correspondiente a un puñal continental de tipo "Mörigen" rescatado en la Escotilla II. Sus alusiones cronológicas remiten al Ha B3 (hacia el 950 cal. ANE). Esta referencia habla de un alejamiento frente a la ubicación temporal propuesta para el yacimiento burgalés. Así mismo, el distanciamiento, por otra parte, parece estar acompañado, también, de la implantación de un marco de relaciones distintas a las sugeridas para La Solana. La cuantía que adquieren los alfileres señalados, su peculiar difusión e incluso la confirmación que supone, por otra parte, la analítica metalográfica, apuntan la posibilidad de unas funciones específicas desempeñadas en Peñas de Oro como taller especializado. Un contexto, en definitiva, de producción destinado al consumo local que abastece a una pequeña red de distribución.

4. Consideraciones finales

El material arqueológico recuperado en La Solana además de aspectos tecnomorfológicos y de la discusión que suscita su consiguiente ordenación temporal, plantea, así mismo, cuestiones de mayor alcance referidas, sobre todo, a su significado. ¿Cómo se explica que un yacimiento de escasa entidad presente un grupo tan numeroso de objetos metálicos? Esta pregunta necesariamente habría que solaparla también a otras: ¿a qué se debe la confluencia de productos tanto cerámicos como metalúrgicos originarios de distintas formaciones culturales?, ¿por qué los objetos metálicos foráneos pertenecen a una categoría

exclusiva? En definitiva, las preguntas proponen una problemática de gran interés, cuyo tratamiento en profundidad supera la escueta información aportada mediante la prospección superficial e incluso los datos actualmente disponibles en los ámbitos próximos al yacimiento. No obstante, a lo largo de estas consideraciones finales se intentará ofrecer algunas respuestas, que dado el conocimiento parcial existente en estos momentos, tan sólo merecen la consideración de tentativas.

En los apartados anteriores se ha señalado el carácter foráneo que envuelve a los componentes del conjunto examinado. En efecto, en el caso de los productos artefactuales metálicos ninguno de ellos supone elaboraciones propias de las tradiciones culturales existentes en el Alto Ebro o en la zona oriental de la Meseta. Constituyen, por tanto, objetos que se encuentran no sólo fuera de sus respectivas áreas de producción sino también de sus fronteras culturales. En este sentido, no deja de ser un hecho peculiar que ambos espacios mencionados estén mejor situados cara a las influencias atlánticas —dado que su ubicación geográfica los emplaza en el seno de su ámbito— que a las continentales. Por otra parte, este mismo emplazamiento les mantiene, igualmente, al margen de las principales vías de difusión adoptadas por el tránsito de los objetos que desde los propios centros de producción continentales se derivan hacia la fachada atlántica, con sentido este-oeste (Brun, 1988; Brun *et al.*, 1997).

Así pues, ¿por qué se encuentran artefactos metálicos continentales en este punto de la Meseta?, ¿cabría pensar por esta presencia en otros cauces dirigidos en este caso hacia el S, es decir, formando una red de intercambio a larga distancia?, ¿se trata, más bien, de un simple movimiento de objetos cuyo destino son puntos concretos? No es posible ofrecer una respuesta del todo satisfactoria a partir de la información disponible dentro del Alto Ebro y de la zona oriental de la Meseta. Aun con todo, los datos procedentes de La Solana aportan rasgos que permiten vislumbrar algunas facetas pertenecientes a esta respuesta.

Tiene interés resaltar, de nuevo, el carácter de los objetos metálicos recuperados en el yacimiento burgalés, que aun no siendo consecuencia de una elaboración local, ni siquiera regional,

sin embargo, en ningún caso constituyen elementos o variantes particulares de prototipos importados, lo que viene a indicar una aceptación por lo que representan (su valor simbólico). Por otra parte, entre ellos no hay productos que puedan ser considerados bienes de elite, es decir, objetos representativos de alto rango como armas, asadores, calderos...; del mismo modo que tampoco se identifican útiles de trabajo. La serie se restringe, como ya se ha señalado, a enseres personales, vinculados de manera estrecha con el adorno o la indumentaria.

Lo relevante de la presencia de estos productos consiste, por tanto, en el matiz discriminante que parece señalar su pertenencia a una misma categoría; pero sobre todo, las condiciones especiales que giran en torno a estos productos, dado que constituyen bienes no destinados al comercio y relacionados, en cambio, con procesos distributivos, que afectan al orden local, articulados en un marco reglamentado por las obligaciones sociales (Kristiansen, 1998). Esta peculiaridad pone de manifiesto, en cualquier caso, un acceso singular, el cual no se realiza mediante el comercio o por un intercambio de tipo direccional establecido desde los centros productores. De manera que, frente a estas gestiones impracticables, se perfila otra vía en consonancia con una interacción personal. Ésta implica la puesta en práctica de un sistema distributivo, el cual sólo tiene sentido y es posible, dentro de unas relaciones jerarquizadas, acompañadas por una red de distribución, la cual probablemente, en este caso, tendría una extensión de alcance regional.

El traslado de este planteamiento a los productos recuperados en La Solana sugiere una serie de notas que atienden a la posición potencial del yacimiento burgalés en el marco indicado. Dicha posición está en consonancia con un yacimiento de orden menor, esto es, dentro de una jerarquía territorial dependiente de un centro de rango con capacidad para promover y controlar un intercambio a larga distancia, al igual que la distribución regional y local de productos de prestigio.

La condición subalterna dibujada no sólo aparece indicada por el tipo y categoría de los objetos metálicos sino que se corrobora mediante otro grupo de evidencias. Quizá la más explícita

entre las recuperadas mediante la prospección superficial es la que hace referencia al emplazamiento. En este sentido, la lectura del lugar escogido permite ver el interés deliberado por un punto con escasa preeminencia, al eludir numerosos sitios inmediatos del paisaje caracterizados por ofrecer condiciones topográficas elevadas (cuyos ejemplos señeros se corresponden con los cerros de El Altotero y Valdeaceña). La imagen mostrada tiene continuidad en la total omisión de elementos que sirvan para proporcionar un realce al yacimiento como pudieran ser las construcciones defensivas. Del mismo modo, esta condición recatada y con limitada trascendencia se expresa, también, mediante su reducido tamaño y ante la falta de actividades especializadas.

El conjunto de estas observaciones facilita los grandes trazos de una propuesta que incide en la posición de La Solana como yacimiento sumido en una subordinación —o dentro de un espacio de coerción—, ejercida desde una articulación territorial jerarquizada. Sin embargo, sobre esta última se desconocen, en la actualidad, su alcance al igual que los rasgos adecuados necesarios para determinar su caracterización. No obstante, con la base que suponen los datos aportados por el yacimiento burgalés (aunque es bien cierto que éstos son incompletos y parciales debido a su naturaleza y procedencia), se puede deducir alguna faceta de la misma.

Una vía para valorar estas cuestiones se encuentra determinada por los elementos artefactuales foráneos tanto cerámicos como metálicos recuperados en La Solana. Según se ha indicado, están integrados por ejemplares cuyo origen se vincula con ámbitos continentales del mismo modo que con entidades culturales del S peninsular. Ambas constataciones suponen puntos de apoyo, razonablemente contrastados, para inferir la existencia de intercambios a larga distancia.

Más allá de estas observaciones, se deben tomar en consideración algunas características que permiten el funcionamiento de los intercambios a larga distancia desplegados por las sociedades del Bronce Final. Éstos son inseparables de un sistema de alianzas y relaciones establecidas entre jerarquías dominantes con el fin de facilitar el flujo y la constante circulación de bienes (Rowlands, 1980; Kristiansen, 1998).

Tales prácticas, extrapoladas a la cuestión planteada, sugieren que la comparecencia de los productos foráneos identificados en La Solana no se podría explicar sin el almacén estructurado que acompaña a la organización social vertical y su vinculación al desenvolvimiento y el mantenimiento de oportunas rutas de difusión.

En el ámbito examinado la definición de estas últimas representa una tarea entorpecida, ante todo, por el desconocimiento del círculo de enclaves que podrían integrar la red de tránsito. No obstante, con independencia de estos datos, se debería contemplar el perfil transcultural y transfronterizo que suelen adoptar los intercambios a larga distancia como plantean los casos estudiados en el panorama europeo (Brun, 1988; Brun *et al.*, 1997; Kristiansen, 1998). Desde esta perspectiva es posible admitir dos vertientes de estas rutas; una de ellas conectada directamente con los ambientes culturales continentales, localizados en el centro y E de Francia; mientras que la orientación de la segunda parece tener un sentido contrario, dirigido hacia el S peninsular (como proponen la fibula acodada y las cerámicas con carena resaltada) enfatizando, de manera especial en este caso, la vía constituida por la franja oriental de la Meseta.

Aceptando estas probables rutas de canalización, falta aún por justificar el segundo elemento que soporta la viabilidad del intercambio. ¿Qué recursos atractivos podría ofrecer el ámbito examinado para las entidades culturales de mayor dinamismo del entorno? En relación con esta materia las investigaciones precedentes no aportan datos estimables. Sin embargo, a pesar de los pocos estudios paleoeconómicos, no se puede pasar por alto el aliciente que pudieron representar las numerosas fuentes de recursos constituidas por mineralizaciones de cobre. En este sentido, las concentraciones más destacadas existentes en la parte central y oriental de la Meseta así como en Euskadi, se distribuyen en un área cuya extensión coincide, en gran medida, con el marco espacial donde se desarrollan las manifestaciones culturales consideradas. Los puntos principales se localizan en La Demanda y Huidobro (Burgos), Salinas de Leniz (Álava) y Mina Modesta y Aralar (Guipúzcoa).

No obstante, con independencia de la ubicación de estos puntos, interesa, de manera especial, conocer si su explotación se mantiene en curso durante el Bronce Final. Recientes estudios efectuados sobre los componentes de estas mineralizaciones ponen de relieve la presencia de un mineral con unas características particulares, establecidas por un cobre que contiene altos porcentajes de níquel (Montero y Rodríguez, 1999). Este elemento distintivo ha servido de guía para verificar la explotación de estos recursos desde el Bronce Antiguo, cuyo aprovechamiento se mantiene, al menos, hasta épocas posteriores a la atribución cronológica ofrecida para La Solana como testimonia la utilización de este mismo mineral en la elaboración de los alfileres de cabeza enrollada procedentes de los yacimientos de Peñas de Oro y Pico de San Pedro (Valdés, 1989).

Así pues, el control de estos recursos y el sistema de alianzas necesario para atender a la demanda de mineral parece ser una de las causas que debieron estimular la aparición de una organización social vertical en el ámbito examinado. No obstante, los bienes de prestigio recuperados en La Solana —en particular los de origen continental—, indican una presencia que expone las obligaciones y relaciones mantenidas con un nivel inferior; por otra parte, también sugieren, ante la nula transformación de estos objetos respecto a sus propias pautas culturales, un rango jerárquico en fase de desarrollo, muy vinculado, todavía, con prácticas de carácter ritual.

Agradecimientos

A la Consejería de Educación y Cultura (Servicio Territorial de Cultura de Burgos) que extendió el permiso de Prospección Arqueológica. A los estudiantes de Patrimonio Histórico de la Universidad de Burgos que participaron en los trabajos de prospección. El texto se ha beneficiado de los comentarios y sugerencias realizadas por el Dr. A. Esparza, a quien agradecemos, de forma especial, su interés y paciente dedicación. También hay que subrayar el espíritu de colaboración y la perspectiva mostrada por D. J. Mijangos Rodríguez en la elaboración de los dibujos. A D. A. Gutiérrez por sus acertadas suposiciones y valiosas indicaciones sobre el yacimiento.

Abreviaturas

BAEAArq	Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología
BAP	Bajo Aragón Prehistoria
BAR IS	British Archaeological Reports International Series
BIFG	Boletín de la Institución Fernán González
BPH	Biblioteca Prehistórica Hispana
BSAA	Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología
BSPF	Bulletin de la Société Préhistorique Française
CAP	Congreso de Arqueología Peninsular
CAR	Cahiers D'Archéologie Romande
CHCLM	Congreso de Historia de Castilla La Mancha
CHLR	Coloquio sobre la Historia de La Rioja
CHZ	Congreso de Historia de Zamora
CIArqA	Cursos Internacionales de Arqueología de Ampurias
CNA	Congreso Nacional de Arqueología
CPUG	Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada
CuEscER	Cuadernos de la Escuela Española de Roma
EAA	Estudios de Arqueología Alavesa
EAE	Excavaciones Arqueológicas en España
EEHArqR	Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma
GP	Gallia Préhistorique
IAA	Investigaciones Arqueológicas en Álava
IER	Instituto de Estudios Riojanos
IEZ	Instituto de Estudios Zamoranos
MAM	Monographies D'Archéologie Méditerranéenne
MemSHAUAH	Memorias del Seminario de H. ^a Antigua de la U. Alcalá
MMPI-d-F	Mémoires du Musée de Préhistoire d'Ile-de-France
MSPF	Memoires de la Société Préhistorique Française

SANEP	Seminario de Arqueología do Noroeste Peninsular
TAN	Trabajos de Arqueología Navarra
TP	Trabajos de Prehistoria
WAH	Wad-Al-Hayara

Bibliografía

- ALMAGRO BASCH, M. (1940): "El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa", *Ampurias*, II. Barcelona, pp. 138-141.
- (1957): "La fíbula de codo de la Ría de Huelva. Su origen y cronología", *CuEscER*, IX, pp. 7-45.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1972): "C14, 1972. Nuevas fechas para la Prehistoria y la Arqueología peninsular", *TP*, 29. Madrid: CSIC, pp. 228-242.
- (1977a): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. BPH, XVI. Madrid.
- (1977b): "El Pic dels Corbs, de Sagunto, y los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica", *Saguntum*, 12. Caja de Ahorros y Socorro de Sagunto, pp. 89-141.
- (1987): "Los CC. UU. en la Meseta", *Zephyrus*, XXXIX-XL. Universidad de Salamanca, pp. 31-47.
- ALMAGRO GORBEA, M. y FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1980): *Excavaciones en el Cerro Ecce Homo. Alcalá de Henares*. Madrid. Arqueología, 2. Madrid.
- ÁLVAREZ CLAVIJO, P. y PÉREZ ARRONDO, C. L. (1987): *La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en el Valle Alto y Medio del Ebro*. Historia, 8. Logroño: IER.
- ÁLVAREZ GRACIA, A. (1990): "El Bronce Final y el Hierro Inicial en la región aragonesa". En *Estado actual de la arqueología en Aragón*. Zaragoza: Institución "Fernando El Católico", pp. 97-131.
- ARCELIN, P. (1976): "Les Civilisations de l'Âge du Fer en Provence". En GUILAINE, J. (ed.): *La Préhistoire Française. Les civilisations Néolithiques et Protolithiques de la France*, II. Paris: CNRS, pp. 657-675.
- ARENAS ESTEBAN, J. A. (1999a): *La Edad del Hierro en el Sistema Ibérico Central*. BAR IS, 780. Oxford.
- (1999b): "El inicio de la Edad del Hierro en el sector central del Sistema Ibérico". En ARENAS, J. A. y PALACIOS, M.^a V. (coords.): *El origen del Mundo Celtibérico. Actas de los encuentros sobre el origen del Mundo Celtibérico (Molina de Aragón, 1998)*, pp. 191-211.

- ARGENTE OLIVER, J. L. (1994): *Las fibulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*. EAE, 168. Madrid: Ministerio de Cultura.
- AUDOUZE, F. y GAUCHER, G. (1981): *Épingles; Paris (Typologie des objets de l'Âge du Bronze en France)*, VI. Paris: SPF.
- BACHILLER GIL, J. A. (1995): "Aportaciones al estudio de la I Edad del Hierro en el sector oriental de la Meseta Norte". En *XXII CNA (1993, Vigo)*, 2, pp. 203-209.
- BALADO PACHÓN, A. (1989): *Excavaciones en Almarara de Adaja: el poblamiento prehistórico*. Valladolid: Excma. Dip. Prov. Valladolid.
- BARROSO BERMEJO, R. M.^a (1999): "Notas sobre el Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro en el valle alto del Tajo: la provincia de Guadalajara". En BALBÍN, R. de y BUENO, P. (eds.): *II CAP (Zamora, 1996)*, 3. Universidad de Alcalá y Fundación Rei Afonso Henriques, pp. 153-160.
- BERNABO BREA, L. (1954): *La Sicilia Prehistórica y sus relaciones con Oriente y con la Península Ibérica*. Madrid: EEHArqR.
- BLASCO BOSQUED, C. (1974): "Notas sobre la cerámica de El Redal (Logroño)". En *Miscelánea Arqueológica I. Conmemoración de los XXV CIARQA*. Barcelona, pp. 175-186.
- (1987): "Un ejemplar de fibula de codo 'ad occhio' en el valle del Manzanares", *BAEAArq*, 35, pp. 18-28.
- (1994): "Origen y desarrollo del Horizonte Cogotas I en el Alto Tajo". En OLIVEIRA, V. (coord.): *I CAP (Porto, 1993)*, 4. Porto, pp. 151-165.
- BOCQUET, A. (1969): "L'Isère préhistorique et proto-historique", *GP*, XII, 1. Paris.
- BRUN, P. (1988): "L'entité 'RSFO': nature et évolution". En BRUN, P. y MORDANT, C. (coords.): *Le groupe RSFO et la notion de civilisation des Champs d'Urnes. (Nemours, 1986)*. MMPI-d-F, 1. Nemours, pp. 599-620.
- BRUN, P.; AUBRY, F.; GIRAUD, F. y LEPAGE, S. (1997): "Dépôts et frontières au Bronze Final en France", *BSAA*, LXIII. Universidad de Valladolid, pp. 97-114.
- CARRASCO, J.; PACHÓN, J. A.; ESQUIVEL, J. A. y ARANDA, G. (1999): "Clasificación secuencial tecno-tipológica de las fibulas de codo de la Península Ibérica", *Complutum*, 10. Universidad Complutense, pp. 123-142.
- CARRASCO, J.; PACHÓN, J. A. y PASTOR, M. (1985): "Nuevos hallazgos en el conjunto arqueológico del Cerro de la Mora. La espada de lengua de carpa y la fibula de codo del Cerro de la Miel (Moraleda de Zafayona, Granada)", *CPUG*, 10. Universidad de Granada, pp. 265-333.
- CARRASCO, J.; PACHÓN, J. A.; PASTOR, M. y LARA, I. (1980): "Hallazgos del Bronce Final en la provincia de Jaén. La necrópolis del Cerro Alcalá, Torres (Jaén)", *CPUG*, 5. Universidad de Granada, pp. 221-236.
- CARRASCO, J.; PASTOR, M. y PACHÓN, J. A. (1981): "Cerro de la Mora, Moraleda de Zafayona. Resultados preliminares de la 2.^a campaña de excavaciones (1981). El corte 4", *CPUG*, 6. Universidad de Granada, pp. 307-354.
- CARRASCO, J.; PASTOR, M.; PACHÓN, J. A. y GAMIZ, J. (1987): *La espada del Cerro de la Mora y su contexto arqueológico. Nuevas aportaciones para el conocimiento de la metalurgia del Bronce Final en el sureste peninsular*. Ayunt. Moraleda de Zafayona.
- CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. Pamplona: Dip. Foral de Navarra, Institución Príncipe de Viana y CSIC.
- (1985): "El Castillar, Mendavia, poblado proto-histórico", *TAN*, 4. Pamplona, pp. 65-139.
- CASTRO, P. V.; LULL, V. y MICÓ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 ANE)*. BAR IS, 652. Oxford.
- CEBOLLA BERLANGA, J. L. (1992-1993): "El tránsito del Bronce Final a la I Edad del Hierro en el sector NW de la cuenca del Jalón", *BAP*, IX-X. Zaragoza: Institución "Fernando El Católico", pp. 175-191.
- CELIS SÁNCHEZ, J. (1993): "La secuencia del poblado de la I Edad del Hierro de 'Los Cuestos de la Estación', Benavente (Zamora)". En ROMERO, F.; SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (eds.): *Arqueología Vaccaea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: JCYL, pp. 93-132.
- (1996): "Origen, desarrollo y cambio en la Edad del Hierro de las tierras leonesas". En *Arqueoleón. Historia de León a través de la Arqueología*. León, pp. 41-67.
- COFFYN, A. (1969): "L'épingle à tête enroulée de Saint-Séverin-sur-Boutonne (Charente-Maritime)", *BSPF*, LXVI, 4. Paris: CNRS, p. 123.
- (1979): "La ceramique excisee dans l'ouest de la France. Su diffusion en Espagne". En *XV CNA (Lugo, 1977)*. Zaragoza, pp. 631-654.
- (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans La Peninsule Iberique*. Paris: CNRS.
- CRESPO CANO, M.^a L. (1992): "Pico Buitre y el Bronce Final en el valle del Henares". En VALIENTE, J. (ed.): *La celtización del Tajo Superior*. MemSHAUAH, pp. 45-65.

- CRUZ SÁNCHEZ, P. J. y QUINTANA LÓPEZ, J. (1999): "Reflexiones sobre la metalurgia de Baioes-Vénat en el interior de la Submeseta Norte y su relación con los contextos del tránsito del Bronce al Hierro". En BALBÍN, R. de y BUENO, P. (eds.): *II CAP (Zamora, 1996)*, 3. Universidad de Alcalá y Fundación Rei Afonso Henriques, pp. 161-170.
- CUNISSET-CARNOT, P.; MOHEN, J. P. y NICOLARDOT, J. P. (1971): "Une fibule 'Chypriote' trouvée en Cote-d'Or", *BSPF*, LXVIII, 2. Paris: CNRS, pp. 602-609.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1978): "Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)", *TP*, 35. Madrid: CSIC, pp. 225-250.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J. y RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. (1990): "Cerámica de la plenitud de Cogotas I: el yacimiento de San Román de la Hornija (Valladolid)", *BSAA*, LVI. Universidad de Valladolid, pp. 64-105.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F. (1992): "El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural". En ALMAGRO GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.): *Complutum. Paleoetnología de la Península Ibérica*, 2-3. Universidad Complutense, pp. 233-258.
- DELIBES, G.; ROMERO, F.; SANZ, C.; ESCUDERO, Z. y SAN MIGUEL, L. C. (1995): "Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero Medio". En DELIBES, G.; ROMERO, F. y MORALES, A. (eds.): *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Valladolid: JCYL, pp. 49-149.
- DEL RINCÓN, M.^a A. (1972): "Materiales de El Redal en el Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona", *Pyrenae*, 8. Barcelona, pp. 67-79.
- ESCUDE-QUILLET, J. M. (2000): "Éléments d'études sur les pratiques funéraires du Bronce Final et du débit de l'Âge du Fer en Aquitaine méridionale". En *Archéologie de la Mort. Archéologie de la Tombe au Premier Âge du Fer (Conques, 1997)*. MAM, 5. Lattes, pp. 131-140.
- ESCUDERO NAVARRO, Z. (1995): "Nuevos estudios sobre el poblado vacceo de El Soto de Medinilla". En DELIBES, G.; ROMERO, F. y MORALES, A. (eds.): *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Valladolid: JCYL, pp. 179-217.
- ESPARZA ARROYO, A. (1990): "La Edad del Hierro en Zamora". En *I CHZ (Zamora)*, 2. Zamora: IEZ "Florián de Ocampo", pp. 101-126.
- ESPARZA ARROYO, A. y LARRAZABAL GALARZA, J. (2000): "El castro de La Mazada (Zamora): elementos metálicos y contexto peninsular". En OLIVEIRA, V. (coord.): *III CAP (Vila Real, 1999)*, 5. Porto: ADECAP-UTAD, pp. 433-474.
- FABIÁN GARCÍA, J. F. (1999): "La transición del Bronce Final al Hierro I en el Sur de la Meseta Norte. Nuevos datos para su sistematización", *TP*, LVI, 2. Madrid: CSIC, pp. 161-180.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1986): *Bronce Final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico*. InvArqCYL. Almazán: JCYL.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M. y RUIZ-GÁLVEZ, M. (1980): "El depósito de la Ría de Huelva y su contexto cultural", *Oskitania*, 1. Burdeos, pp. 65-80.
- FERNÁNDEZ MORENO, J. J. (1986): "Cerámica de El Redal en el Museo Numantino de Soria". En *CHLR*, 1, pp. 55-72.
- (1997): *El poblamiento prehistórico de Numancia. Fondos del Museo Numantino*. Estudios y catálogos, 7. Salamanca: JCYL.
- GARCÍA LÓPEZ, E. (1994): "Un modelo de análisis de evolución arquitectónica e interpretación social. El asentamiento del Bronce Final-I Edad del Hierro del Alto de la Cruz (Cortes, Navarra)", *Pyrenae*, 25. Barcelona, pp. 96-110.
- GAUCHER, G. y MOHEN, J. P. (1972): *Épées, Paris (Typologie des objets de l'Âge du Bronze en France)*, I. Paris: SPF.
- GÓMEZ, J. (1973): "La grotte sepulcrale des Duffaits (La Rochette, Charante). Étude archéologique", *BSPF*, 70. Paris: CNRS, pp. 401-444.
- GONZÁLEZ SALAS, S. (1945): *El castro de Yecla, en Santo Domingo de Silos (Burgos)*. Informes y memorias, 7. Madrid.
- GUILAINE, J. L. (1972): *L'âge du Bronze en Languedoc Occidental, Roussillon, Ariège*. MSPF, 9. Paris.
- HOCHULI, S. (1992): "Le site du Bronze Ancien et Moyen d'Arbon-Bleiche II et sa datation". En MORDANT, C. y GAIFFE, O. (eds.): *Cultures et sociétés du Bronze Ancien en Europe*. Clermont-Ferrand, pp. 211-222.
- KRISTIANSEN, K. (1998): *Europe before History*. News Studies in Archeology. Cambridge: Cambridge University Press.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUZE, A. (1968): "El poblado hallstático del Pico de San Pedro (Villanueva de Valdegobía-Álava)", *EAA*, 3. Vitoria: Dip. Foral de Álava, pp. 131-138.
- (1988): "Poblado de La Hoya (Laguardia, Álava)". En BURILLO, F.; PÉREZ CASAS, J. A. y SUS, M. L. (eds.): *Celtíberos*. Dip. Prov. Zaragoza, pp. 68-71.

- (1992): "Conformación de las etnias prerromanas en Álava, Bizkaia y Gipuzkoa". En ALMAGRO GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.): *Complutum. Paleontología de la Península Ibérica*, 2-3. Universidad Complutense, pp. 431-447.
- LLANOS, A.; APELLÁNIZ, J. M.ª; AGORRETA, J. A. y FARIÑA, J. (1975): "El Castro del Castillo de Henayo (Alegoría-Álava). Memoria de excavaciones. Campañas de 1969-1970", *EAA*, 8. Vitoria: Dip. Foral de Álava, pp. 87-219.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1958): *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*. Acta Salmanticensis, XVI, 1. Salamanca.
- (1985): "Cortes de Navarra. Exploraciones de 1983", *TAN*, 4. Pamplona, pp. 41-64.
- MALUQUER DE MOTES, J.; GRACIA ALONSO, F. y MUNILLA CABRILLANA, G. (1990): "Alto de la Cruz (Cortes, Navarra). Campañas 1986-1988", *TAN*, 9. Pamplona.
- MARIEZKURRENA, K. (1990): "Dataciones absolutas para la Arqueología Vasca", *Munibe*, 42. Donostia: Sociedad de Ciencias Aranzadi, pp. 287-304.
- MARTÍNEZ SASTRE, V. y ARENAS ESTEBAN, J. (1988): "Un hábitat de CC. UU. en las parameras de Molina (Embud, Guadalajara)". En *I CHCLM*, III, 2. Talavera: JCCLM, pp. 269-278.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L. (1992-1993): "El Bronce Final-Hierro Inicial en la zona norte del valle del Ebro", *BAP*, IX-X. Zaragoza: Institución "Fernando El Católico", pp. 7-50.
- MAYA, J. L.; CUESTA, F. y LÓPEZ CACHERO, J. (1998): *Genó: un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre*. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- MEDEROS MARTÍN, A. (1997): "Nueva cronología del Bronce Final en el occidente de Europa", *Complutum*, 8. Universidad Complutense, pp. 73-96.
- MOHEN, J. P. (1976a): "Les civilisations de l'Âge du Fer dans les Pyrénées". En GUILAINE, J. (ed.): *La Préhistoire Française. Les civilisations Néolithiques et Protohistoriques de la France*, II. Paris: CNRS, pp. 753-760.
- (1976b): "Les civilisations de l'Âge du Fer en Aquitaine". En GUILAINE, J. (ed.): *La Préhistoire Française. Les civilisations Néolithiques et Protohistoriques de la France*. II. Paris: CNRS, pp. 761-769.
- MOLINA, F. (1978): "Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el SE de la Península Ibérica", *CPUG*, 3. Universidad de Granada, pp. 175-214.
- MOLINA, F.; MENDOZA, A.; SAEZ, L.; ARTEAGA, O.; AGUAYO, P. y ROCA, M. (1983): "Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la cultura Ibérica en la alta Andalucía. La campaña de 1980 en el Cerro de los Infantes". En *XVI CNA (Murcia, 1982)*. Zaragoza, pp. 689-703.
- MONTERO RUIZ, I. y RODRÍGUEZ DE LA ESPERANZA, M.ª J. (1999): "Asociaciones naturales de cobre y níquel en el Alto Valle del Ebro". En BALBÍN, R. de y BUENO, P. (eds.): *II CAP (Zamora, 1996)*, 2. Universidad de Alcalá y Fundación Rei Afonso Henriques, pp. 517-526.
- MONTÓN BROTO, F. (1985): "El poblado prehistórico de Valdeladrones", *BAP*, VI. Zaragoza: Institución "Fernando El Católico", pp. 109-146.
- MÜLLER-KARPE, H. (1970): *Beiträge zur chronologie der Urnenfelderzeit nördlich und südlich der Alpen*. Berlin.
- MUNILLA CABRILLANA, G. y GRACIA ALONSO, F. (1995): "Evolución arquitectónica del poblado protohistórico del Alto de la Cruz (Cortes de Navarra)". En BURILLO, F. (coord.): *III Simposio sobre los Celtiberos. Poblamiento Celtibérico*. Zaragoza: Institución "Fernando El Católico", pp. 41-57.
- NICOLARDUT, J. P. y GAUCHER, G. (1975): *Outils, Paris (Typologie des objets de l'Âge du Bronze en France)*, V. Paris: SPF.
- ORTEGO FRIAS, T. (1964): "Castilviejo de Yuba (Soria): nuevo yacimiento con cerámica excisa". En *VIII CNA (Sevilla-Málaga, 1963)*. Zaragoza, pp. 272-274.
- PEÑA SANTOS, A. (1992): *Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). Síntesis de las Memorias de las Campañas de Excavaciones 1984-1990*. Arqueología-Memorias, 11. Santiago de Compostela.
- PETIT I MENDIZÁBAL, M.ª A. (1992-1993): "El Bronce Final y la transición hacia la I Edad del Hierro en la región central-costera de Cataluña", *BAP*, IX-X. Zaragoza: Institución "Fernando El Católico", pp. 255-272.
- QUINTANA LÓPEZ, J. y CRUZ SÁNCHEZ, P. J. (1996): "Del Bronce al Hierro en el centro de la Submeseta Norte (consideraciones desde el Inventario Arqueológico de Valladolid)", *BSAA*, LXII. Universidad de Valladolid, pp. 9-78.
- ROMERO CARNICERO, F. (1980): "Notas sobre la cerámica de la I Edad del Hierro en la cuenca media del Duero", *BSAA*, XLVI. Universidad de Valladolid, pp. 137-153.
- ROMERO CARNICERO, F. y MISIEGO TEJADA, J. C. (1995): "La Celtiberia Ulterior. Análisis del substrato". En BURILLO, F. (coord.): *III Simposio sobre los Celtiberos. Poblamiento celtibérico*. Zaragoza: Institución "Fernando El Católico", pp. 59-81.
- ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L. (1996): "La Cultura del Soto. Reflexiones

- sobre los contactos entre el Duero Medio y las tierras del S peninsular durante la I Edad del Hierro". En QUEROL, M.^a A. y CHAPA, T. (coords.): *Complutum. Homenaje al Prof. Manuel Fernández-Miranda*. Extra 6, I. Universidad Complutense, pp. 313-326.
- ROUDIL, J. L. (1972): *L'âge du Bronze en Languedoc Oriental*. MSPF, 10. Paris.
- ROUDIL, J. L. y GUILAINE, J. (1976): "Les civilisations de l'Âge du Bronze en Languedoc". En GUILAINE, J. (ed.): *La Préhistoire Française. Les civilisations Néolithiques et Protohistoriques de la France*, II. Paris: Éd. CNRS, pp. 459-469.
- ROWLANDS, M. (1980): "Kinship, alliance and exchange in the European Bronze Age". En BARRET, J. y BRADLEY, R. (eds.): *Settlement and society in the British Later Bronze Age*. BAR BS, 83. Oxford.
- ROYO GUILLÉN, J. L. (1980): "Hallazgos metalúrgicos de la I Edad del Hierro en Aragón. Aproximación al estudio de la metalurgia en nuestra región durante la etapa hallstática", *Turiaso*, 1. Teruel, pp. 239-323.
- (1990): "Las necrópolis de los CC. UU. del valle medio del Ebro, como precedente del mundo funerario celtibérico". En BURILLO, F. (coord.): *II Simposio sobre los Celtiberos. Necrópolis Celtibéricas*. Zaragoza: Institución "Fernando El Católico", pp. 123-136.
- (2000): "Tipología funeraria, ritos y ofrendas en las necrópolis del valle del Ebro durante la I Edad del Hierro (Ss. VIII-V a.C.) (Aragón)". En *Archéologie de la Mort. Archéologie de la Tombe au Premier Âge du Fer (Conques, 1997)*. MAM, 5. Lattes, pp. 41-58.
- RUIZ DELGADO, M. M.^a (1989): *Fibulas protohistóricas en el S de la Península Ibérica*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- RUIZ VÉLEZ, I.; RODRÍGUEZ, A. y CASTILLO IGLESIAS, B. (2001): "Yacimiento de La Vega (San Martín de Ubierna, Burgos): del Bronce Final a la I Edad del Hierro", *BIFG*, 222. Burgos: Excma. Dip. Prov. Burgos, pp. 23-52.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los CC. UU. del NE de la Península Ibérica*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1980): "Consideraciones sobre el origen de los puñales de antenas gallego-asturianos", *SANEP*, 1. Guimarães.
- (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa Occidental*. Barcelona: Ed. Crítica.
- RYCHNER, V. (1979): *L'âge du Bronze Final a Auvergnier (Lac de Neuchatel, Suisse). Typologie et chronologie des Anciennes Collections conservées en Suisse*. CAR, 15 et 16. Auvergnier 1 et 2. Lausanne.
- SCHULE, W. (1969): *Die Meseta kulturen der Iberischen Halbinsel*. Madrider Forschungen Band, 3. Berlin.
- UGARTECHEA, J. M.; LLANOS, A.; FARIÑÁ, J. y AGORRETA, J. (1971): "El castro de Las Peñas de Oro (Valle de Zuya, Álava)", *IAA, 1957-1968*. Vitoria: Institución "Sancho El Sabio", pp. 217-263.
- VALDÉS, L. (1989): "Los alfileres de cabeza enrollada de Euskadi", *Kobie*, 18. Bilbao, pp. 55-64.
- VALIENTE MALLA, J. (1984): "Pico Buitre (Espinoso de Henares, Guadalajara). La transición del Bronce al Hierro en el Alto Henares", *WAH*, 11. Guadalajara, pp. 9-58.
- (1999): "La facies Riosalido y los CC. UU. en el Tajo Superior". En ARENAS, J. A. y PALACIOS, M.^a V. (coords.): *El origen del Mundo Celtibérico. Actas de los encuentros sobre el origen del Mundo Celtibérico (Molina de Aragón, 1998)*, pp. 81-95.
- VALIENTE MALLA, J.; CRESPO CANO, M.^a L. y ESPINOSA GIMENO, C. (1986): "Un aspecto de la celtización en el alto y medio Henares. Los poblados de ribera", *WAH*, 13. Guadalajara, pp. 47-70.
- VALIENTE MALLA, J. y VELASCO COLÁS, M. (1988): "Yacimiento de tipo Riosalido: Ermita de la Vega (Cubillejo de la Sierra, Guadalajara)", *WAH*, 15. Guadalajara, pp. 95-122.